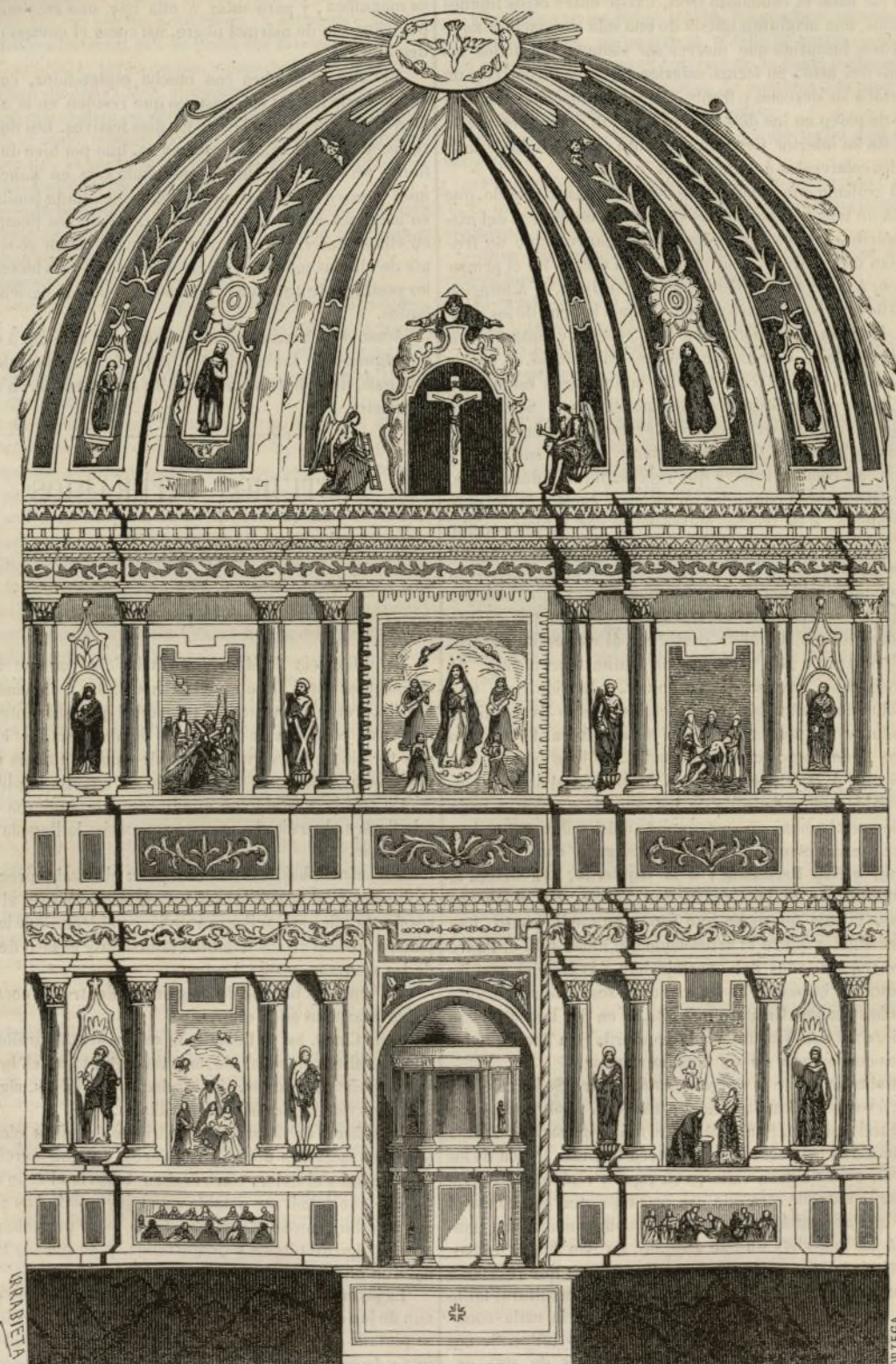


# ESPAÑA PINTORESCA.

HERMIALDE.



25 de Abril de 1851.

TOMO IX. 10

Ayuntamiento de Madrid



En esta pequeña aldea de la provincia de Guipúzcoa situada cerca de Tolosa en la cumbre de un empinado monte, cuyo pie baña el caudaloso Oria, existe entre otros buenos edificios, una magnífica iglesia de una sola y espaciosa nave de orden bizantino que merece ser visitada por todos los amigos del arte. Su forma exterior es un octágono con un soportal á su derecha y frente sostenido por columnas, que sirve de paseo en los días lluviosos, segun costumbre de este pais. En su interior tiene un excelente retablo todo de talla con dos colaterales á ambos lados.

El grabado que acompaña es copia del citado retablo, que consta de tres cuerpos, en los cuales hay esculturas del mayor mérito, tal vez ignoradas de los viajeros que no frecuentan esta aldea por hallarse á tanta altura. En el primer cuerpo, á la derecha del altar, están San Juan, la Adoracion de los Reyes y San Pedro Apóstol, y debajo la Cena de los apóstoles. Este y la Adoracion son de bajo relieve, y contienen sus cuadros lindas y esbeltas figuras, no careciendo de gracia y animacion todo el conjunto. En la izquierda están, San Ignacio, patron de Guipúzcoa, la Anunciacion y San Pablo; debajo de la Anunciacion está el Lavatorio. Los cuatro bultos son de buen efecto, y de bastante mérito sus ropas y rostros, así como el relieve que representa la Anunciacion. Las estatuas están colocadas en nichos y casetones de muy buen tallado, y de trecho en trecho se ven columnas, que en su creacion fueron de orden salomónico, y que una vandálica hacha redujo al corintio, alisándolas al capricho de la persona que en la obra intervino, que tal vez ignoraba que al dejarlas así, cometia un sacrilegio del arte, por cuanto todo el decorado del altar pertenece al espesado género. En el centro de esta parte hay un bonito tabernáculo, de medio cuerpo, que se divide en dos, sostenido cada uno por columnas, entre las que se ven los cuatro Evangelistas de talla, y de poco mas de un pie de altura. El segundo cuerpo tiene en su centro un cuadro, de bajo relieve, que representa á la Virgen Nuestra Señora en el acto de elevarse á los cielos, rodeada de los angélicos coros, y cada uno tiene en la mano un instrumento músico diferente. A su derecha están San Andrés, Jesus cargado con la cruz á cuestas, y San Bartolomé; á la izquierda, San Mateo, el Descendimiento de la Cruz y San Felipe. En el tercer cuerpo, y bajo un nicho que forma un medio punto, hay un crucifijo, y sobre el artesonado del nicho está el Padre Eterno; á los lados del crucifijo hay dos ángeles, con los atributos de la pasion en las manos, y sentados sobre unas pequeñas peanas. Un poco mas allá, y en dos huecos, están á la derecha San Vicente y á la izquierda San Roque, todas figuras corporeas y de un tamaño regular.

En el colateral de la derecha, está Nuestra Señora del Rosario; á sus lados San Joaquín y santa Ana, y sobre estos, en el segundo cuerpo, San José con el niño, figuras de bastante mérito. En el colateral de la izquierda hay una virgen de los Dolores, obra de gran valia en su ropa y rostro, pues seria imposible esculpir otra que con mas expresion significase el dolor que aquejaba el corazon de aquella amantísima madre. A sus lados hay un San Joaquín, un San José y un San Miguel, de lo mas malo que se conoce; figuras que revelan á primera vista los desgraciados tiempos de la escultura, tanto en la desproporcion de sus cabezas, como en la mala construccion de sus ropas y poca esbeltez de sus talles. Se nos dijo que aquellos bultos habian sido traídos de una er-

mita cercana, que por cierto hubiera sido mejor los dejaran vegetar en su primitivo retablo. La mesa del altar mayor es magnífica, y para subir á ella hay una escalera cuyos peldaños son de mármol negro, así como el cuerpo que rodea la mesa.

El culto se celebra con mucha esplendidez, contribuyendo á ello los dos eclesiásticos que residen en la aldea, y otro que viene desde Tolosa los días festivos. Los domingos se recoge la colecta, ó sea sufragios, que por bien de los difuntos se dan al rector, consistiendo ésta en panes y en unos trozos de cerilla amarilla ó de color. Cada familia tiene en la iglesia señalada su sepultura, desde los tiempos que en ella se enterraba, y durante la misa mayor se sitúan al pie de ella las mugeres, y encienden una ó mas luces, segun los posibles de cada una, en sufragio de sus parientes difuntos.

Acaso dedicaremos en otra ocasion un artículo á describir algunas de las sencillas y patriarcales costumbres de este pais, muy dignas por cierto de ser imitadas, en su mayor parte.

## ESTUDIOS LITERARIOS.

### UN ANGEL.

#### I.

La diligencia de Madrid acababa de pararse á unos ochocientos pasos de un pueblo inmediato á la ciudad de Sevilla, frente á un camino transversal que serpenteaba en una vasta estension de terreno, y dejaba percibir en primer término una magnífica casa de campo, situada en una pintoresca eminencia que dominaba aquella localidad.

Un criado, vestido con una librea que indicaba el lujo y la ilustre alcurnia de su amo, esperaba la llegada de la diligencia.

Dos señoras bajaron de la rotonda; el criado preguntó á la de mas edad si era la señora de Albarellos, y al oír su respuesta afirmativa, llamó á un jóven aldeano que le acompañaba, colocó en sus hombros la maleta y el saco de noche de las viageras, y dijo á estas:

—Si teneis la bondad de seguirme, dentro de pocos minutos estaremos en la quinta.

Doña Clara, así se llamaba la señora de Albarellos, inclinó la cabeza en señal de asentimiento, tomó el brazo de su compañera, y juntas, sin desplegar los labios, siguieron al criado que habia salido á recibirlas.

La señora de Albarellos podria tener unos cincuenta años: sus facciones nobles y regulares, aunque marchitadas por la edad y el dolor, conservaban todavia el sello de una belleza que debió ser notable en su juventud. Las arrugas que se dibujaban en el estremo de su boca prestaban á su sonrisa algo de tétrico y desgarrador, y su mirada traicionaba un gran pesar oculto y una profunda tristeza.

La jóven que iba á su lado, parecia no haber pasado aun de los quince abriles: una vaga y dulce melancolia veíase pintada en su rostro angelical. El conjunto de su fisonomía y de su persona tenia no sé qué encanto indescribible



que predisponia desde luego á su favor. Reunía toda la delicadeza de los rasgos del espresivo semblante de doña Clara. Con el frescor, con la gracia y atractivos de la juventud. Su semejanza era, en efecto, grandísima, y escusamos añadir, ¡oh simpáticas lectoras! que no podía ser mas natural, puesto que Conchita, la jóven de que vamos hablando, era hija, é hija única de doña Clara que idolatraba en ella.

Ambas marchaban en silencio, la primera con la cabeza inclinada al suelo, como si luchase indecisa con alguna duda muy penosa, y la segunda contemplando no sin inquietud, el magnifico edificio hácia el cual se dirigian.

De pronto detúvose la jóven, y como si leyese al través de la frente de su madre los pensamientos que á la sazón trabajaban su espíritu, la dijo á media voz:

—¿Cómo nos recibirá el conde..?

—No losé, hija mia; pero ya no es tiempo de retroceder.

—Me inspira cierto temor involuntario, añadió la jóven; debe ser un viejo atrabiliario y adusto, si hemos de juzgarlo por sus cartas. Quizá nos haga pagar bien cara la hospitalidad que nos ofrece.

—No nos anticipemos á formar de él un concepto de que luego tengamos que avergonzarnos. Recordemos el pasado para soportar el presente, por adverso que sea. Recuerda que tu padre por haberse casado conmigo, pobre huérfana sin fortuna ni nombre, se enagenó para siempre el cariño de su padre el baron de Albarellos. Nos casamos en América, y allí vivimos largo tiempo oscuros y felices con nuestro amor y la ternura que los dos te profesábamos, hasta que murió tu buen padre aniquilado por el exceso del trabajo y las penurias de una vida á la que no estaba acostumbrado...

—¡Pobre padre mio! ¡Era tan bueno!

—Entonces volvimos á España... El baron de Albarellos no quiso reconocer á la esposa y á la hija de su hijo... nos arrojó de su casa... ¡Diosse lo perdone! Poco despues acaeció su muerte; pero antes de morir dispuso de sus bienes en favor de otros parientes lejanos. El conde de Almará habia conocido á tu padre, y al saber nuestro desamparo y la triste situación en que nos encontrábamos, se compadeció de nosotras, y nos rogó que viniésemos á esta casa de campo, con el objeto de hacernos cargo de ella y mirar por sus intereses durante sus frecuentes viages á la capital.

—Y has aceptado, pobre madre mia! dijo Concha estrechando su mano enternecida, porque al menos así tendremos un asilo...

¡Ah! si tú lo hubieses querido, yo habria trabajado noche y día para tí.... de ese modo, aunque mal, hubieras permanecido libre é independiente....

—¿Y qué es, ángel mio, el trabajo de dos mugeres?... ¿Sabes tú lo que cuesta vivir en Madrid en cierta esfera?... Tu generoso sacrificio apenas habria bastado para satisfacer nuestras mas perentorias y urgentes necesidades. Yo no debí aceptarlo, cuando la suerte nos abría otro camino mas seguro de salvacion, y no me arrepiento. Los beneficios recibidos no avergüenzan á nadie que tiene la convicción y la fortaleza de alma necesarias, para hacerse digno de ellos.

Hablando de este modo, llegaron á la puerta de hierro de la quinta, y al ver el suntuoso jardín, los numerosos criados que iban y venian, el lujo y magnificencia que resplandecian por do quier, Concha, trémula y abatida, echó una rápida ojeada sobre su traje y el de doña Clara. Su po-

breza contrastaba tanto con aquel lujo y magnificencia, que sin atinar á esplicarse la causa, sintió agolparse las lágrimas á sus ojos.

El criado que las habia traído, las condujo atravesando diferentes piezas, en las que se notaba la misma suntuosidad y elegancia que en el exterior de la casa, hasta un gabinete donde escribía un hombre de espaldas á la puerta, y que al oirla abrir exclamó bruscamente:

—¿Quién diablos anda ahí?... ¿No he dicho que estoy ocupado?

—Perdonad, señor conde, contestó el criado; como V. E. me dió la órden de introducir á estas señoras apenas llegasen....

—Bien está, añadió el conde sin volverse ni dejar de escribir; bien está.... márchate y déjanos solos.

El criado indicó á las señoras con la mano que se aproximasen, y salió cerrando tras sí la puerta.

Doña Clara y Concha permanecieron en pie, inmóviles en medio del gabinete. El conde impassible continuaba escribiendo.

—Síntense vds., añadió despues de un momento de silencio; pero sin volver el rostro. Soy con vds. al instante.

Doña Clara sintió que sus rodillas flaqueaban, y se dejó caer en un sillón; Concha se sentó á su lado, y clavó sus ojos preñados de lágrimas en los dibujos del rico tapiz, sin atreverse á levantarlos para mirar al conde ó á su madre.

Así trascurrieron cinco minutos, cinco minutos que á entrambas les parecieron un siglo.

Por último, levantóse don Juan de su asiento, se acercó á ellas y las midió de arriba abajo con una rápida ojeada. Doña Clara y su hija quisieron ponerse de pie; mas él con aquella voz breve y seca, que ya por dos veces habia hecho estremecer á la jóven, les dijo:

—¡Quietas, quietas!... debeis estar fatigadas....

Y dirigiéndose á doña Clara, añadió:

—¿Vos sois la señora de Albarellos, eh?

—Si señor.... he aquí la carta de vuestro notario y....

—Bien, y esta señorita será....

—Mi hija, señor.

—Sí.... justamente....

El conde arrojó sobre el escritorio la carta de su notario, añadiendo: vuestra posicion no era nada halagüeña... lo concibo.... cuando os casásteis con Leoncio esperabais una fortuna inmensa... ¡la decepcion ha sido horrible!

—¡Caballero! respondió la señora de Albarellos, levantándose con dignidad, nunca esperé ni anhelé semejante fortuna: Leoncio para hacerse amar, me habia ocultado quien era....

—¡Eh! señora, no tengo la menor intencion de ofenderos, repuso don Juan con aire de compasion y enojo; escuchad; sin gestion alguna por vuestra parte, os he propuesto que viniéseis á poner os al frente de esta posesion de campo, que mis ocupaciones, ó mejor dicho, mi pereza é indiferencia no me permiten atender como quisiera. Soy celibatarío, y para matar el tiempo, hago continuos viages, sin otro objeto que el de distraerme. Desde hoy vos sereis aquí el ama: disponed, mandad, administrad... os doy carta blanca para todo.

—Esa confianza.... replicó tímidamente doña Clara.

—¡Bah! hace mucho tiempo que estoy convencido que á los mas desconfiados se les engaña con mas frecuencia y con mas facilidad que á los que no lo son. Además, soy fran-



co, os creo una persona honrada. Así, pues, si os acomodan mis proposiciones y os va bien aquí, permaneceréis el tiempo que os agrade; si por el contrario, por cualquiera circunstancia os conviniese dejarme, podreis hacerlo sin darme explicación alguna. Os dejo en completa libertad para que obreis siempre como mejor os cuadre. Solo os ruego que si en los breves días que pase á vuestro lado me encontráis brusco, desdeñoso y extravagante, no lo atribuyáis á otra causa que á mi propio carácter. Soy incapaz de afección ni de odio; vivo como un extraño con los que me rodean. A vos toca establecer vuestra autoridad de modo que todos la respeten y obedezcan; y con tal que yo no tenga que pensar en nada, creed que tendré á gran dicha que hagáis aquí mis veces y me aborreis el trabajo y la molestia de ocuparme de cosas que me fastidian mortalmente.

—Señor, contestó doña Clara con voz trémula, que revelaba una emoción profunda; la gratitud me impondrá el deber de velar por vuestros intereses, como si fuesen los míos. Puedo aseguraros....

—¡Oh! no hablemos de gratitud, doña Clara.... ¡Gratitud! ¡Gratitud!.... ¿Sabeis lo que es la gratitud?... una pesada carga que se lleva con disgusto y se arroja desde el momento en que el bienhechor no puede seros útil.... Por eso, nada os pido, sino que me libreis del fastidio de mandar y cuidar de mi casa. Ni exijo, ni quiero mas.

Al decir estas palabras, el conde sin aguardar respuesta tocó la campanilla.

El criado que habia conducido á las dos damas, se presentó de nuevo.

—Haz que vengan aquí todos los criados, todos sin excepción, le dijo su amo: no tardes.

Mientras daba el conde esta orden, Concha levantó tímidamente los ojos, y por primera vez los fijó en aquel hombre de voz seca é imperativa y al parecer tan déspota y duro. Esperaba encontrarse con un viejo regañón y atrabiliario, como se habia imaginado; pero con gran sorpresa notó que apenas contaría treinta y dos años.

Entonces le observó detenidamente y encontró muy bellos sus grandes ojos negros en los que brillaba el fuego de la inteligencia, amortiguado un tanto por la huella de secretos pesares; admiró su frente espaciosa y despejada, y los rasgos nobles y varoniles de su fisonomía, cuya belleza hubiera sido perfecta, si una sonrisa bañada de hiel no vagase á menudo por sus labios y un modo de mirar sarcástico y frio no comunicase una espresion siniestra á sus gestos, á sus ademanes y á sus palabras.

En esto llegaron los criados, y el conde se apresuró á decirles:

—De hoy en adelante obedecereis en todo á la señora de Albarellos: ella os comunicará las órdenes concernientes á vuestro servicio. Está plenamente autorizada para despedir ó admitir nuevos criados.

En seguida hizo una señal con la mano, y los domésticos inclinándose respetuosamente desaparecieron.

—Joaquín, añadió el conde, dirigiéndose al que las habia acompañado y que hacia allí las veces de mayordomo; acompaña á estas señoras á las habitaciones que les he destinado. Mañana, doña Clara, empezareis á ejercer vuestras nuevas funciones: mi secretario os entregará el dinero que necesiteis.

—¿Y con quién he de entenderme cuando tenga alguna duda, con vos ó con el secretario?

—Es indiferente.... cuando yo esté aquí, conmigo si gustais; cuando no esté, con él, si no teneis inconveniente. Hemos concluido.

El conde las acompañó hasta la puerta, y la futura ama de llaves y su encantadora niña se dirigieron á sus habitaciones, situadas en el ala izquierda de aquel vasto edificio, que era un verdadero palacio.

Cuando se encontraron solas, la madre y la hija se abrazaron llorando. Su posición estaba asegurada, y la autoridad absoluta de que el conde habia investido á doña Clara, disminuía en parte lo que habia de humillante en el servicio que de ella se exigía. Aquellos dos nobles corazones, sin embargo, necesitaban mas que protección, aprecio, benevolencia y cariño; y los bruscos modales y ásperas palabras de don Juan lastimaron cruelmente su amor propio y susceptibilidad.

—¡Virgen santa! exclamó Concha, enjugando sus lágrimas, me parece que es un hombre intratable! ¡Cuánto he sufrido en los breves instantes que ha durado nuestra entrevista!

—Con todo, hija mía, es preciso que nos resignemos á nuestra suerte, contestóla su madre procurando en vano serenarse; me avergüenzo de mostrarme débil cuando debia darte el ejemplo de la fortaleza y de la serenidad en medio del infortunio. Demos gracias á Dios, ángel mío, de que así nos facilite los medios de vivir en adelante con desahogo y decoro. No puedo creer que don Juan sea perverso: si niega los mas puros y nobles sentimientos, eso dimana de un corazón herido en sus afecciones, no de un alma insensible y corrompida. Su proceder está en contradicción abierta con sus palabras. Ahora toca á nosotras probarle con nuestra lealtad, con el interés y empeño con que le sirvamos, que todavía existen almas agradecidas y corazones que saben pagar dignamente la deuda contraída con sus benefactores.

En el día siguiente y los inmediatos la señora de Albarellos se ocupó seriamente de adquirir los informes necesarios para obrar en consecuencia: se hizo dar cuenta de todo y pudo convencerse que en efecto, ya era tiempo que una persona inteligente y honrada se encargase de evitar el despilfarro y desórden de aquella casa, en la que todos, gracias al abandono é incuria del conde, abusaban impunemente de su confianza, y le robaban cuanto podían.

En cuanto á su hija, no salió de su cuarto temerosa de encontrarse con don Juan. Ocho días habian trascurrido, y doña Clara apenas le habia visto dos ó tres veces sin hablarle, cuando una mañana la envió á llamar con Joaquín.

—Señora, la dijo con su voz breve é imperativa, me voy por quince días. He sabido que acostumbrais comer en vuestra habitación sola con vuestra hija....

—Es cierto.... señor, pero si acaso no lo teneis por conveniente....

—Me es indiferente, absolutamente indiferente.... ya os he dicho que ahora y siempre podreis hacer lo que mejor os cuadre. Tan solo queria indicaros que como durante mi viage, permanece aquí mi secretario don José María Rivera, y como está acostumbrado á comer conmigo y detesta la soledad, desearia que le admitieseis á vuestra mesa por



estos días... Es un guapo chico, y estoy seguro que os divertirá muchísimo....

—Puesto que el señor conde lo desea....

—Yo no deseo nada.... os propongo que le admitais por su bien y por el vuestro: pero si hay algun inconveniente....

—No, no señor, se apresuró á decir doña Clara, que no sabia como conducirse con aquel hombre singular. Tendré un verdadero placer....

—Bien, basta.... no me agrada que se reciban como órdenes mis mas insignificantes insinuaciones.

—Creed, señor conde....

—En fin, os doy las gracias por vuestra amabilidad. Y á propósito, nunca veo á vuestra hija.... nunca sale de su cuarto.... ¿por ventura el jardín no le parece bastante hermoso para pasearse en él?....

—Señor....

—A su edad el ejercicio es necesario. Hacedme el gusto de decírselo. ¿Sabe algo de música?

—Un poco.

—En la sala hay un excelente piano: bien puede tocar cuanto quiera: Don José María la acompañará. No os he hecho venir de Madrid, ¡voto á brios! para que os consumais de tedio y vivais como dos reclusas... yo estoy triste y aburrido, si... y me sobran motivos para estarlo... pero los que me rodean no deben participar de mi tristeza y de mi abatimiento... Al contrario, añadió don Juan suavizando la voz y como si hablase para sí, su alegría me será grata, me hará olvidar las negras ideas que continuamente me atosigan.

En seguida se levantó, acercóse á doña Clara. contemplóla un momento en silencio, y la preguntó con un acento cada vez mas afectuoso:

—Y vos, señora ¿estais satisfecha...? ¿se acatan vuestras órdenes y marcha todo á medida de vuestros deseos?

—¡Oh! si señor, si, contestó apresuradamente la buena anciana, para quien la mas débil muestra de interés y benevolencia era una felicidad; si, señor, y en cuanto pueda realizar algunas mejoras que desearia someter antes á vuestra consideracion, estaré doblemente satisfecha.

—Bien, señora, contestó el conde volviéndose á revestir de la misma glacial aspereza que le era habitual: bien, haced lo que mejor os parezca, ya os he autorizado de antemano para todo, y os repito que tengo plena confianza en vos...

Y como tenia de costumbre inclinó levemente la cabeza, y sin aguardar respuesta, salió del gabinete, dejando sola á doña Clara.

—Vaya un hombre singular se dijo esta, ¿es bueno ó malo? No lo sé á fé mia... no obstante, á pesar de su dureza, no ha mucho he creído notar un rayo de sensibilidad y ternura en sus ojos... ¿Me habré engañado...?

¡No lo permita Dios...! Necesito amar al hombre generoso á quien mi hija y yo debemos el bienestar que hoy disfrutamos.

Esa misma tarde partió el conde, y el secretario, invitado por doña Clara, pasó á comer en compañía de ella y de su hechicera hija.

## II.

José María Rivera, sin ser un buen mozo en la estension de la palabra, tenia una fisonomía interesante, modales distinguidos y una conversacion muy amena. Dotado de un

carácter franco y expansivo se grangeaba fácilmente las simpatías de todos, y su buen humor y locuacidad agradaban en extremo al bello sexo, que encontraba en él á uno de sus ardientes y estusiastas apasionados.

Se dejaba arrastrar de sus primeros impulsos sin reflexionar, y aunque algo versátil y variable, como son generalmente las personas de un carácter tan alegre é impresionable como el suyo, no por eso sus impresiones eran menos profundas y verdaderas.

Desde el principio de la comida su franqueza y jovialidad infundieron confianza á doña Clara y su hija; y poco á poco se fué animando la conversacion hasta que naturalmente se habló del conde. La señora de Albarellos que deseaba obtener algunos datos acerca de este hombre singular, cuyo carácter le parecia incomprensible, interrogó al jóven con una de esas capciosas preguntas que parecen hechas sin intencion, y obligan al interrogado á decir lo que tal vez no quisiera: su sorpresa fué grande cuando Rivera, arrebatado de entusiasmo, exclamó:

—¡Ah! es el hombre mas noble y generoso que he conocido.

—¿De veras? preguntó Concha como irresoluta, alzando de pronto la cabeza, y fijando en él con ávida curiosidad sus bellísimos ojos negros.

—Os hablo con el corazón en la mano contestó Rivera; para apreciarle es preciso no juzgarle por su corteza. Sus palabras son ásperas, sus modales altaneros, su mirada fria é impasible como la de una estatua de mármol... pero debajo de aquella ruda corteza late un corazón que encierra tesoros de bondad. A veces me trata con dureza, sin miramiento alguno, como trata á todos; pero ¿sabeis lo que ha hecho por mí? Yo era un infeliz, sin ocupacion, sin protectores, sin esperanzas de mejorar de fortuna; tenia á mi pobre madre enferma y próxima á sucumbir de miseria... nada podía hacer por ella mas que llorar á la cabecera de su lecho... En esta situacion don Juan vino en mi ayuda, me nombró su secretario, y ese mismo dia me adelantó un año de mis sueldos, doce mil reales. La felicidad es el mejor médico: á los pocos dias mi madre estaba fuera de peligro, y yo desempeñando mi empleo al lado del conde. Esto acaeció en Madrid. Una mañana me envia á llamar, y me dice: esta tarde salimos para Sevilla, y es probable que desde allí pasemos á otro punto: acostumbro viajar mucho, y no quiero que tengais la menor inquietud respecto de vuestra madre... no me agrada ver á nadie triste á mi alrededor: basta con que yo lo esté. Aquí teneis una pension vitalicia de ocho mil reales que he señalado á vuestra madre, id, entregádsela y volved pronto, pronto, porque ya sabeis que no me gusta esperar. Dentro de media hora salimos de Madrid.

Conmovido, trémulo y con los ojos inundados de lágrimas, quise balbucear algunas palabras para darle gracias por tan grande beneficio, pero me interrumpió bruscamente, diciéndome con esa voz breve é imperativa que tan mal efecto produce: Bien, bien, id pronto, y volved cuanto antes... que no se moleste vuestra madre en venir á darme las gracias... no es necesario. Esto ha hecho por mí el conde, señoras, y por espacio de tres años que le sirvo, no me ha permitido ni una vez sola que le hable de los beneficios que le debo....

—Si, exclamó doña Clara trasportada de alegría, yo lo habia adivinado; su carácter es una máscara, y su extraño proceder hijo de alguna preocupacion fatal; pero como ha-



beis dicho muy bien, debajo de aquella ruda corteza late un corazon que encierra tesoros de bondad.

—Opino como vos, señora. Don Juan ha sufrido mucho y sido engañado mas de una vez. Paréceme que tambien ha hecho muchos beneficios y que ha encontrado muchos ingratos: por eso desconfia de todos, por eso aparenta no creer en nada: pero estoy convencido que si alguien llega á persuadirle, de que le profesa un sincero y desinteresado afecto—lo cual es muy difícil á la verdad,—estoy convencido que se mostrará tal como es en el fondo, noble, tierno, apasionado y lleno de abnegacion y generosidad.

Concha escuchaba con grande atencion al jóven que se espresaba con energia y entusiasmo. El vivo interés con que le oia, se pintaba en su rostro y en sus ojos que brillaban á intervalos traicionando las impresiones diversas que experimentaba. El secretario, deslumbrado por su belleza, continuó un largo rato el panegirico del conde, solo por tener la satisfaccion de que ella le escuchase, sin notar que divagaba de una manera espantosa y que en vez de pensar en su discurso, se decia á sí mismo ¡qué linda es!.... ¡Dichoso el hombre que conquiste su corazon!....

Al otro dia, considerando que no podria pasar el tiempo mas agradablemente, solicitó cantar un duo con ella, y doña Clara no tuvo inconveniente en acceder á sus deseos. El secretario era un buen músico, y la voz de Concha nada tenia que envidiar á las mas favorecidas de la naturaleza y el arte. Era tan dulce y armoniosa que se insinuaba hasta el fondo del alma. Al ver á la jóven pareja en el piano, no sé qué venturoso ensueño cruzó por la frente de la amorosa madre.... Una sonrisa de felicidad asomó á sus labios; desde que estaban en la quinta era esta la primera vez que se sonreía.

Concluido el duo bajaron al jardin. Concha deseaba verlo. El perfume de las flores, el vaiven de los árboles, los trinos de las avecillas que despedían al sol próximo á esconderse tras las montañas vecinas, abrieron su alma á nuevas impresiones. Aquellas largas calles de acacias, de álamos y zarzamosa, ora rectas como una dilatada hilera de edificios, ora tortuosas y sombrías como las vueltas y revueltas de un rio que va serpenteando por la falda de un valle, acabaron de enamorarla de la bella posesion del conde, y abandonándose á su alegría sin reserva, al abandono y aturdimiento propios de sus quince años, se puso á correr por aquellas alamedas, perseguida por el secretario, que no consiguió alcanzarla en las distintas veces que se alejó, provocándole á que la cogiese, y volvió á refugiarse al lado de su madre.

A contar de este dia, empezó una nueva existencia para la madre y la hija. No mas suspiros ahogados, no mas lágrimas comprimidas. Su corazon se abría á la esperanza de una felicidad que aun no tenia forma alguna, pero que esperaban ellas y la sentían vagamente aproximarse.

Gran parte de este cambio se debía á Rivera; su juventud, sus continuas bromas, su buen humor, animaban la existencia de Concha y doña Clara; y aunque en sus conversaciones casi siempre acababan por hablar del conde y hacerle el principal objeto de sus largas entrevistas, el secretario hubiese querido que este tema fuese inagotable solo por tener el dulcísimo placer de mirar fijos siempre en él con una ardiente curiosidad los ojos de la encantadora niña.

Así transcurrieron quince dias.

Una mañana en que Rivera con el objeto de poner en claro ciertas cuentas con un arrendatario, habia puesto á disposicion de doña Clara sus conocimientos matemáticos (que no eran los de un Newton), Concha, viéndolos tan agradablemente entretenidos bajó sola al jardin.

Atravesó varias calles de árboles con lijero paso, y corriendo tras las mariposas, llegó al pie de un tupido naranjo, donde se sentó fatigada. Algunos pájaros gorgearan ocultos entre el follage: se puso ella á imitarlos luchando en primor y habilidad con ellos, y como pasasen á otros árboles, y revoloteando de rama en rama, continuaron su canto, hizo ella lo mismo y los siguió largo trecho, hasta que al revolver un sendero se encontró frente á frente con don Juan.

Su voz fresca y argentina, se apagó de pronto; inclinó al suelo sus grandes ojos, y avergonzada y confusa, permaneció inmóvil como herida de un rayo.

—¿Por ventura soy yo, señorita, quien os hace interrumpir vuestro canto?... preguntóla el conde con un tono menos brusco que el que gustaba generalmente.

—Señor....

—Lo siento, porque hace un buen rato que os escuchaba con algun placer....

—Si lo hubiese sabido.... murmuró Concha como hablando para sí.

—¿No habríais cantado, eh?... añadió él con una amarga sonrisa. Lo sé.... yo tengo el triste privilegio de helar con mi sola presencia todos los goces y placeres. Continúa, señorita, ya os dejo sola.

Concha le saludó con timidez, y no bien le creyó á alguna distancia, volvió apresuradamente la cabeza repitiendo en voz baja:

—¡Dios mio! ¡qué triste viene!

Luego siguió pensativa y silenciosa su paseo en direccion opuesta, y aunque oyó cantar á otras avecillas, ella no volvió á cantar mas. ¡Dios mio! se decia, ¡qué triste viene!... ¿qué haria yo para que se alegrase?

### III.

Nadie en la quinta se sorprendió de la súbita llegada de su amo: todos estaban acostumbrados á verle llegar sin estar prevenidos para recibirle. Dejaba á poca distancia su carruaje ó caballo, y entraba por una puertecilla incrustada en la pared que rodeaba la casa de campo, y su equipage y criados llegaban siempre una ó dos horas despues que él. El genio raro y extravagante de don Juan, justificaba este y otros misterios de su manera de proceder singular y rara hasta en las cosas mas triviales.

Cuando estuvo en su cuarto, mandó llamar á Rivera, y con un tono mas triste que áspero le dijo:

—Y bien, ¿cómo habeis pasado esta quincena?

—¡A las mil maravillas!.... Es tan bella, tan buena, tan inocente, tan graciosa, tan....

—¿Quién es tan bella, tan inocente? preguntóla el conde con aspereza.

—Ella.

—¿Y quién es ella?

—La señorita de Albarellos, contestó el aturdido que se atrevia á decir en voz alta los pensamientos que le preocupaban.—Sin duda habeis notado cuán hermosa es; sin duda





no habéis podido menos de admirar el fuego fascinador de sus seductores ojos, el candor, la gracia....

—¿Si? pues no he notado ni admirado en ella nada de eso.

—Permitidme que os diga que habéis hecho mal, porque difícilmente habéis encontrado en vuestra vida una muger mas encantadora. ¡Qué espresion de fisonomía, santo Dios! Las vírgenes mas hermosas de Murillo y Rafael parecerian feas á su lado, y no obstante, su alma es todavía mas bella... ¡qué sensibilidad! ¡qué nobleza de sentimientos! ¡qué ternura! ¡que.....

—¡Eh! repitió el conde interrumpiéndole impaciente y casi enfadado de oír tamaños elogios que creía exagerados; veo que no habéis perdido á pesar de mis consejos, vuestra detestable manía de apasionaros, lo mismo de una muger que de otra cualquier cosa, á la primer ojeada; ya os he dicho mil veces que ese cándido entusiasmo os será á menudo perjudicialísimo en la sociedad. Aprended á desconfiar de las apariencias.

(Se continuara.

## LA JUVENTUD DE LINNEO.

Habia en otro tiempo un matrimonio honrado, pero pobre, que vivía en una aldea de la provincia de Smolanda, en Suecia. Una renta muy pequeña y mucha economía, apenas bastaban para mantener la joven pareja, y sin embargo, con el mas indecible júbilo, recibió en 1707 el hijo que la Providencia les enviara, para que fuese su consuelo sobre la tierra. Carlos, que tal fué el nombre que le pusieron en la pila del bautismo, fué hasta la edad de siete años un niño muy ordinario, pero alegre, muy vivo, y que prefería con mucho al estudio, el correr detrás de las mariposas, y coger flores en la pradera. Su padre, que era aficionado al cultivo de las plantas, vió sin disgusto desarrollarse en él aquella inclinación, y le permitió plantar en un rincón del jardín, margaritas, yerba de San Pablo, yerba abejorra, y otras plantas silvestres que el niño iba á buscar al campo.

Un día los padres de Carlos salieron de su modesta habitación para ir á visitar á un pariente suyo, y dejaron al niño confiado al cuidado de una buena anciana que habia visto nacer á Carlos, y que por consecuencia le mimaba un poco mas que su madre: vamos á ver lo que de esto resultó.

Después de cuatro días de ausencia, volvieron á la casa el papá y la mamá de Carlos, abrazaron á su hijo querido, y después de inspeccionar su modesto asilo, corrieron al jardín para ver los magníficos tulipanes, los soberbios ranúnculos, los jacintos y otras veinte especies de flores á cual mas hermosas, que debían á la munificencia del doctor Rothman de Lunden. Carlos los condujo á él, y en su frente se observaba cierta vanidad triunfante y misteriosa.—¿Ves, papá? exclamó con orgullo; tu jardín está ahora muy hermoso, y yo soy quien ha hecho todo eso....

El jardín, sus hermosos cuadros, sus flores tan dobles y brillantes, consuelo y alegría de nuestra joven pareja, todo estaba trastornado, y echado á perder para siempre. La flora de los bosques, de las montañas y de las praderas, modestamente ataviada con sus corolas sencillas, sin esplendor y sin aroma, habia reemplazado á las magníficas, pero

efímeras monstruosidades que llamamos *flores dobles, variedades*, etc. que la mano del jardinero solo obtiene á fuerza de esmero y de trabajo. El sitio de los brillantes tulipanes de Harlem, habia sido ocupado por el tulipán amarillo de los bosques; los jacintos de Holanda, habian cedido el suyo á las escilas ó cebollas de las praderas; las anémonas y ranúnculos de mil colores, habian sido reemplazados por el botón de oro y el ranúnculo de los prados; la manzanilla de los campos, se habia apoderado de los cuadros en donde en otro tiempo se elevaban los orgullosos tallos de la manzanilla de la India; la rastrera bugula, la betónica de flores azules, la ortiga con sus abrasadoras puntas, la yedra terrestre y la bardana con las cabezas como anzuelos, se extendían á su placer por un terreno preparado con el mayor esmero para recibir los granos de las plantas mas preciosas de la India, de la China y del Japon: en una palabra, todas las plantas tan costosas, tan lindas y apreciadas en las flores extranjeras, habian sido desapiadadamente arrancadas por el niño.

Pintar la desesperación y el furor de los padres de Carlos sería imposible. En vano el niño, prosternado á sus pies, imploraba perdón: en vano les decía que no habia arrancado mas que las monstruosidades, es decir las flores dobles: que habia clasificado y colocado las otras segun el método que la observación de la naturaleza le habia inspirado, etc. Todo fué inútil, y al día siguiente el pobre niño fué encerrado en casa del señor Patridg, maestro de escuela de la aldea. Ya no hubo entonces paseos por los bosques, mariposas que perseguir ni ruiseñores y currucas que escuchar bajo las hojas. El pobre Carlos se puso muy triste y casi tan estúpido como el profesor.

Seis meses después, el maestro Patridg fué á participar al padre y á la madre, que ya podían llevarse el chico á casa, porque como profesor, no podia en conciencia conservar por mas tiempo en su escuela, á un niño de quien jamás podria conseguir nada. Les aconsejó caritativamente que le hiciesen aprender un oficio mecánico, é indicó el de zapatero, como el único que podia armonizar con la pobreza de su inteligencia. Persuadidos los padres por aquel hombre, le perdieron enteramente el cariño, y le pusieron en casa del maestro zapatero Ludger.

Carlos no manifestó mas aptitud para hacer un zapato, que para aprender la filosofía escolástica, y á los quince años, después de haber sufrido mil golpes de su maestro, fué ignominiosamente echado á la calle. No se atrevió á volver á casa de sus padres, que ya le habian arrojado de ella, y sin dinero, ni esperanzas, que era lo peor, se dirigió á Lunden, y fué á ofrecer sus servicios al doctor Rothman, que le admitió en clase de criado.

El doctor era apasionado por la botánica, y se ocupaba un poco de entomología. En sus numerosas escursiones botánicas hacia que le acompañase el joven Carlos, que llevaba las redes para coger insectos, la caja de herborización, un tomo de la botánica de Tournefort, y el morral en donde iban las cortas provisiones de boca.

Un día, (y aqui suplico al lector eche una ojeada sobre el grabado que acompaña este artículo) un día, después de una correría bastante larga, sentado el doctor á la fresca sombra, á orillas de una fuentecita, se puso á hacer el inventario de las minimas riquezas vegetales que habia recogido en su paseo. Miradle: se ocupa en estudiar minucio-



samente con un lente los pequeños detalles de una flor que absorbe toda su atencion. Seguramente es un botánico: el lente me hace descubrir al hombre. Ahora veamos á Cárlos: la florecilla que tiene en la mano sin duda alguna ocupa su atencion, pero un lente le seria de todo punto inútil, porque en el cielo es á donde va á buscar sus inspiraciones. La florecita le hace elevar su espíritu hasta Dios, y Dios comienza á revelar los misterios de la creacion entera.... Rothman ya no tiene criado, acaba de encontrar un maestro. El anciano levanta la cabeza y comprende lo que acabo de decirlo, porque todo el mundo comprende el talento.

La escena pasa en Suecia; ved de qué modo ha renovado Biard los recuerdos de sus viajes por el Norte. No es ese eterno cielo de Italia, esa vegetacion de fuerte colorido, que un gran número de pintores toman prestada de las cercanías de Nápoles, para trasladarla á Normandia ú Holanda; es un paisaje fresco, un verde pronunciado; en una palabra, la verdad de Dinamarca y de Suecia.

Rothman recomendó, no á su criado, sino á su joven amigo, al sábio Stobæns, y ambos le proporcionaron los medios de adquirir instruccion. Cuando Cárlos se conceptuó bastante fuerte para enseñar botánica y entomologia, fué á Upsal, en donde vivió algun tiempo en un estado que se aproximaba mucho á la miseria. Habiéndose indispuerto con un médico influyente de aquella ciudad, este hizo que cerrase su curso, y le obligó á abandonar su patria. Por largo tiempo anduvo errante y miserable por varios reinos de

Europa, cuando por último, en Holanda le encontró Boerhaave, adivinó lo que valia, y le dió la direccion del jardin de Clifort.

Mientras pasaba todo esto, la miseria, con largo y afilado diente, fué á llamar á la puerta de los padres de Cárlos, de aquel pobre idiota á quien tan completamente habian abandonado ya hacia algunos años.

Residia entonces en Estocolmo un personage, cuya inmensa reputacion cientifica llenaba toda la Europa. Este hombre era caballero de la estrella polar, favorito del rey y de la reina de Suecia, fundador y primer presidente de la universidad de Estocolmo, catedrático de la academia de Upsal, miembro de las academias de todas las capitales de Europa, etc., etc., y lo que vale mas, creador y reformador de todos los ramos de la historia natural. El padre de Cárlos solicitó una audiencia de aquel gran señor, y lo hizo temblando, porque sabia por el rumor público, que aquel génio tenia una falta como todos los demas, y esta falta era una vanidad escesiva, llevada hasta la puerilidad; á pesar de todo, fué admitido al momento en audiencia particular. Cuando atravesó los dorados salones del caballero de la estrella polar, su corazon latia de una manera extraordinaria. Por último le anunciaron dos criados, y recibieron la órden de que entrase: hizolo asi, y se encontró en los brazos del idiota, del niño abandonado; en los brazos de su hijo, del inmortal Cárlos Von Linneo. Lo demas ya lo sabeis, si teneis aficion á la historia natural.



La juventud de Linneo.—Copia de Mr. Biard.



## ESTUDIOS ARTISTICOS



DIOGENES.

El grabado que precede representa la escena en que el filósofo griego visitado en su tonel por el cortejo de Aspa-

TOMO IX.

cia, Alcibiades, Demóstenes, Lysipo y todas las celebridades de Atenas, les dirigió su linterna á la cara, sin hallar, segun su espresion, un solo hombre en aquellos ilustres vi-

pedos. Diógenes fué hijo de un cambiante de monedas de

11



Sinope, villa del Asia Menor, y huyó á Atenas de resultas de un fraude, donde siguió la doctrina de Sócrates llevándola hasta el cinismo, pues vivía como un perro dentro de un tonel, cubierto de andrajos, sin mas equipage que una alforja, ni mas mueble que una escudilla, y aun esta la rompió un día por innecesaria al ver á un perro beber agua en el pilón de una fuente. Despues de mil vicisitudes fué á morir al gimnasio de Corinto á la edad de 82 años.

## VIAGES.-CHINA.

### HONG-KONG.

La moderna colonia de Victoria Hong-Kong en China, no ha sido registrada ni aun en el índice de las obras geográficas, no figura tampoco en las cartas del imperio celestial, ni mucho menos en las de esta parte de mundo que nosotros habitamos, y en donde al decir de algunos buenos creyentes, residen todos los sábios y eruditos de la tierra. La influencia que ha adquirido dicha colonia, es sin embargo, de alguna importancia en el antiguo y nuevo mundo, y bajo este solo aspecto, ya que no por otros, bien merecia haber fijado las miradas desdeñosas de los susodichos sábios y eruditos, que entre paréntesis, si algo ven de notable en nuestro globo sublunar, es casi siempre á través del engañoso prisma de la prensa, y nunca por sus propias y esclusivas observaciones. Nosotros, que no aspiramos por cierto, á la caballeresca calificación de enderezadores de entuertos geográficos, y que si damos á este artículo el nombre de una factoria inglesa de primer orden, no es porque vayamos á describirla en todas sus partes, sino porque asi conviene á nuestro propósito literario, pasaremos por alto la parte estrecha de tan delicado compromiso, y procuraremos llenar las páginas, que al escribir de la China en otra ocasion, dejamos en blanco por falta de tiempo y por otras causas. Este artículo no responderá, pues, al título que lleva: será mas bien una continuacion del de *Macao*, incompleto por varias razones, y vaya en gracia la falta literaria por la sobra de licencia y desenfado con que nosotros, menos autorizados que los pseudo-sábios supradichos, entramos á espigar el campo manoseado, pero no explorado de la China, sin que por eso se crea tampoco que nos propongamos mentir menos, que nuestros predecesores los theofilántropos del imperio, ni que en otro sentido vayamos á revelar cosas que no sepan nuestros ilustrados lectores.

Volviendo, pues, á la moderna ciudad de Victoria Hong-Kong diremos que se halla situada en la isla de su nombre, á los 22° 46' de lat. N. y 447° 52' de long. E. del meridiano de Cádiz.

Esta pequeña colonia debe su existencia á la apertura de los cinco puertos chinos, estipulada en 1842 en el tratado de Nankin, y como establecimiento de reserva á las factorias de Canton, cuenta ya agentes consulares de varios países, y una comision delegada de las misiones holandesa, francesa, italiana, irlandesa y española. Dicese que en el interior del imperio ignoran todos, desde el emperador hasta el último vasallo, la fundacion de esta ciudad comereial, que sin la venia necesaria va tomando proporciones de gigante y recibe en cada año nuevos huéspedes. Hacen bien

el emperador y sus celestes vasallos en ignorar sucesos de tanto bulto, y si lo saben, hacen mucho mejor en no oponerse á ellos, porque pudiera suceder que al menor síntoma del enojo imperial, manifestado oficialmente, los doce ó catorce buques de guerra ingleses, que se hallan surtos de continuo en la bahia de Hong-Kong, vomitasen, como en otro tiempo, raudales de civilizacion humanitaria sobre el imperio chino, lo cual seria una desdicha para todos, en especial para su ejército *tártaro*, que siente un invencible horror hácia las balas británicas.

La ciudad se halla edificada en la falda de una altísima montaña semicircular, que encierra la bahía. Hace ocho años no habia en toda la isla mas que unas cuantas barracas de pescadores piratas: hoy la ranchería se ha convertido en ciudad de las mas bellas, y dentro de pocos años, si continúa su progresivo desarrollo, es probable que no tenga rival en todo el litoral asiático.

Los ingleses tienen ya necesidad de otros nuevos continentes para ejercer su poderio. En la Oceania triunfan con sus misioneros, en el Indostan con sus camisas embreadas, en Africa con sus rifles y yataganes, en Arabia con sus cañones reforzados, y en la China con su ópio. Faltábales sin embargo, triunfar del carácter orgulloso y despreciativo de los chinos, y eso es lo que consiguen en Hong-Kong, primero con el régio fausto de sus moradas particulares, segundo con el estoicismo que manifiestan ante los estragos de un clima abrasador y mortífero, y tercero con la invencible constancia con que dirigen la marcha vigorosa de la ciudad, que aspira á derribar la montaña y á acampar sobre sus escombros.

Es, en verdad, un espectáculo sorprendente el que presenta Hong-Kong á la vista del viajero: la calles tiradas á cordel, y unidas entre si con graderias abiertas en la roca, forman líneas escalonadas sobre el plano inclinado de la montaña: algunos edificios suntuosos, como guerreros impacientes, se destacan á vanguardia de la última línea, y vienen á servir de base al proyecto de otra nueva calle, que se edifica al punto, para aprovechar el terreno conquistado. La ciudad construida de esta suerte se asemeja á un monstruo marino, que saliendo del abismo de las aguas, trata de oprimir con sus potentes brazos al genio desconocido de la montaña.

Mucho lleva adelantado la ciudad en pocos años, pero aun tiene que agotar todas sus fuerzas, antes de llegar á conseguir sobre el terreno, la posicion que ofrezca mas condiciones de salubridad á sus habitantes. En el estado en que nosotros la hemos visto, levantada apenas 200 pies sobre la superficie de las aguas, y con un enorme promontorio que le sirve de montera, no es posible que disfrute ninguna ventaja higiénica á menos que no se eleve á la altura de la montaña, lo cual parece imposible.

El sol penetra en el reducto semicircular de aquella concha, privada de las brisas, y abrasa como una hoguera: la tierra llega á ponerse candente; los cristales de las ventanas no pueden resistir las columnas de viento electrizado que los destruyen; la brea se derrite sobre la cubierta de los buques; los trabajadores mueren de repente asfiados; los transeuntes, á quienes falta el socorrido palanquin, sienten una fatiga angustiosa, que les obliga á refugiarse en las casas. De pronto cruza una nube la atmósfera, y arroja sobre las casas torrentes de agua helada entre torbe-



linos de fuego, la ciudad se inunda. Vuelve á aparecer el sol puro y refulgente, y vuelven á dejarse sentir sus rayos abrasadores: la tierra fermenta con tan horribles contrastes, y vierte humo y fuego por todos sus poros: entonces parece la ciudad un volcan apagado, que se dispone á una nueva erupcion; el crater es la tierra incandescente, la lava es el vapor que exala esta y se infiltra en los pulmones, causando afecciones gástricas, que matan como el veneno.

Es de suponer que á medida que Hong-Kong vaya ganando terreno en la montaña, se hagan mas raras las epidemias de verar o, pero hasta entonces no dejarán de contarse setecientas ú ochocientas defunciones de la clase de tropa, en un solo mes, como sucedió en el estio de 1849.

A pesar de los inconvenientes que ofrece el clima de Hong-Kong para todo europeo, los ingleses viven en él con sus mugeres y sus hijos tan frescos y colorados como en las orillas del Támesis. El pueblo tiene allí sus tabernas, y sus trinquis de ginebra como en Londres: los comerciantes tienen sus clubs atestados de barriles de *brandy* (aguardiente): los funcionarios de alta clase viven en opulentos palacios, juegan al *whist* todas las noches, leen la sábana del Times y van á acostarse despues de descorchar algunas botellas de rom ó de *soda-water*. Los empleados de escala inferior y los capitanes de buque, se contentan con fumar sus pipas á la luz de las lámparas de *Hong-Kong-hotel*, donde se juega mucho y se bebe de largo: los militares no salen de sus palacios-cuarteles, donde en magníficos pabellones disfrutan todas las comodidades de la vida: las *lady*s de veinte años, cabalgan sobre desairados trotones de la raza *Sindney*, que es la raza degenerada de los camellos; las *milady*s de edad dudosa se hacen conducir á todas partes en palanquines; unas y otras pasan los días y las noches meditando aventuras románticas á lo Byron, ó pensando tal vez, en aquellos rubios y hermosos serafines de Winsord y James-Parek que tan estraños llegan á hacerse por estas tierras. El gobernador de la colonia lleva un sombrero piramidal del tiempo de Alejandro, y pasea todas las tardes en carretela por la calle real, sitio favorecido por el comercio. Los chinos degenerados (que son los menos) viven como los ingleses en opulentos palacios: los chinos que como los buitres acuden á Hong-Kong atraídos por el olor, no de la carne, sino de las riquezas de sus dominadores, van á refugiarse á una miserable ranchería, aislada de la ciudad, donde habitan sus buenos hermanos. Las chinas, que han tomado carta de naturaleza en este emporio de la disipacion y del lujo, con la hez del imperio celestial; marchan solas por las calles de día y de noche, llaman á los transeuntes con gestos escandalosos, y si es necesario los arrastran á viva fuerza á sus infestas madrigueras. Verdad es, que sobre las mugeres de esta clase y sobre los rateros, pesa de continuo la implacable mirada del *policemen* indio ó africano, de color de azabache, planta exótica, que los ingleses han aclimatado en China, con mucho acierto, y con el auxilio de su benéfica mediacion puede uno librarse de sérios contratiempos.

Esto es lo primero que observa el extranjero que visita la ciudad de Hong-Kong; pero no, decimos mal, lo primero que observa el extranjero es la disminucion progresiva de su bolsillo, pues antes de saltar en tierra tiene que habérselas ya con una bandada de *coulis* y de vagos, quienes á

los gritos de *My boat, my boat captain* se apoderan de su equipage á viva fuerza, y no lo sueltan sino á palos ó á cambio de *schelings*: luego viene el banco colonial y las casas de contratacion, que no admiten la moneda española ni mejicana, tan estimadas en Asia, sino con la pérdida efectiva de un cuatro por ciento, para ganar el cinco ó el seis en otro cambio con la misma persona: luego las tiendas chinas, donde se roba el ciento por ciento, á pesar de las grandes máximas de moral comercial escritas sobre las muestras; donde se engaña al prójimo como si fuera chino, no obstante el *en thin en than* y *en kottoa*, escrito con caracteres dorados, y aun de aquel otro rótulo tan comun en China, que traducido dice así. «Todas las honradas personas que quieran comprar algo, deben mirar la muestra de esta tienda. Los géneros están garantidos y los precios son justos. No se engaña ni á los niños ni á los ancianos.» Luego viene una multitud de pillos y de mendigos, que asedian á uno exclamando *fan-konai* (diablo extranjero) pero estendiendo al mismo tiempo la mano en demanda de *chapeas*: luego los *tomadores del dos*, mas listos y atrevidos que los de Madrid y Londres, pues con la mayor sutileza del mundo dejan á uno sin paraguas ó sin pañuelo, y por último viene la fonda de Hong-Kong, donde el extranjero acababa de recibir el golpe de gracia de la pirateria colonial.

En Singapore cuesta cincuenta reales un día de estancia en *London-hotel*, pero se come y se duerme decentemente. En Pulo-Penanb, Ceylan, Aden y Suez se come con abundancia á la *carta*, por precios muy moderados. En el Cairo, se pagan sesenta reales solo por tomar asiento en el *Oriental-hotel*, de los hermanos Colombi, pero si el extranjero quiere comer, le dan á elegir una multitud de viandas esquisitas sin aumento de precio, y le destinan una lujosa cámara alhajada á la oriental. En la fonda de Hong-Kong no se come como lo hacen las personas, ni se duerme en cama, y se pagan cincuenta reales diarios: no se come, porque no es comida ni bebida el *the* de color de tinta, ni es alimento la manteca rancia, ni es provechoso el detestable *karey* (especie de cantárida de la mas alta dilucion) ni es tónica la sopa salpicada de pimienta, ni laxante la salsa de mostaza, ni digestivo el *rosbeef* de vaca china con tintura de azafran. No se duerme, porque no es dormir padecer tormento sobre un *petate* en el santo suelo, entregado á merced de los mosquitos y espuesto á que el primer *gentlemen* que se presente, un poco atigrado de *brandy*, caiga sobre uno al buscar su estera y lo reviente.

Pues eso ni mas ni menos es lo que sucede en la dichosa ciudad de Victoria Hong-Kong, á pocos que sean los pasajeros que concurran á la fonda; sin contar con que el agua potable que se sirve es una especie de limonada mineral de gusto pésimo, y el desdichado que no puede resistir la cerveza á pasto, la ingrata *soda-water*, ó la abrasadora ginebra, tiene que sucumbir á otra cáfila de rufianes, que se encarga de traer agua pura de una fuente *maravillosa*, á razon de treinta ó cuarenta reales la botija, que apenas contiene tres vasos regulares.

Estos inconvenientes poderosos, unidos á otros que no nos es posible enumerar, hacen que el extranjero desee salir luego de aquella brillante madriguera de filibusteros, sin cuidarse de saber si tiene ó no la ciudad su historia propia, si son muchos ó pocos los habitantes que contiene, y si los



individuos de tan opuestas razas que en ella se cobijan, se gobiernan segun sus instintos naturales por la ley del mas fuerte, ó reconocen la autoridad suprema de la Gran Bretaña, dueña esclusiva del territorio. Cosas son estas que no sabemos ni procuramos saber tampoco, no obstante de que algunos redactores del *China-Mail*, con una galanteria obsequiosa desconocida entre ingleses, se empeñaron en darnos menudos informes acerca de todas y cada una de las particularidades que encierra la isla.

Cuando los ingleses llegaron por primera vez á Hong-Kong, despues de la toma de *Tinghai*, tuvieron necesidad de crear una lengua franca, compuesta de los idiomas chinos, asiáticos y europeos, para poder entenderse con sus habitantes. Desde luego la imitacion del ladrido de los perros, del cacareo de las gallinas, del balido de las ovejas y del mugido del búfalo, tuvo su parte muy significativa en esta lengua. La repetición, por ejemplo, de las palabras *clake, clake*, fué el primer medio empleado para denotar que se necesitaban pollos y gallinas; los patos se llamaron *wak*, los gansos *kis-wah*, los búfalos y vacas *bous*, los perros *guau, guau*. Por este medio todos los objetos de uso comun adquirieron en breve un nombre determinado.

El doctor Mr. Pherson, refiere con este motivo la siguiente aventura, ocurrida al capitán Austruther.

Un chino de distincion envió cierto dia á este último un plato muy pintoresco, guarnecido de aletas de pescado y de nidos de golondrina. El capitán, despues de haber gustado su contenido, dirigió una mirada al *boys* (doméstico) que lo habia llevado, y señalando al plato le dijo, *iguack, guack, guack?* El *boys* meneó la cabeza, respondiendo *guau, guau, guau*..... No eran aves, sino carne de perro lo que comia el bravo capitán.

Dijimos mas arriba que pasa como cosa corriente la ignorancia en que vive el emperador de la China respecto á la existencia de la ciudad de Hong-Kong. Esta es una patraña tan ridicula, como otras que se han escrito de ese país misterioso; para convencerse de ello, no hay mas que fijar la vista por unos instantes en los documentos siguientes. El dia 24 de marzo de 1841. publicó el emperador de la China una proclama concebida en estos términos:

«Hoy 2, del tercer cuarto de luna.

«Habiendo atacado y destruido últimamente los rebeldes ingleses nuestras fortalezas, aprovechándose de la ocasion que se les presentaba, han entrado con fuerzas numerosas por la ría, y atacado á *Wochung*, hiriendo á muchos de nuestros generales y soldados. *Que-shen* y *Eleung*, estaban encargados de esta region, mas han desfallecido y no han tomado medidas de resistencia. Un mensajero imperial ha sido enviado para arrestar á *Que-shen*, y aplicarle el condigno castigo, lo mismo que al general *Hao* y demas autoridades del distrito. Acañad el presente.»

Al año siguiente de 1842, fué juzgado en efecto como traidor, y muerto de sus resultas, el ministro de Estado del imperio *Que-shen*, de quien habla la proclama, por no haber impedido el bombardeo de Canton, y sobre todo, por haber cedido á los ingleses para el establecimiento de una colonia comercial la isla de Hong-Kong.

Por parecernos en extremo curiosa, insertamos á continuación, haciendo un pequeño paréntesis á este escrito, una nota de los bienes confiscados á *Que-shen*, por orden del emperador. Héla aquí.

Doscientos setenta mistacles de oro en polvo, ó sean cinco millones cuatrocientos mil pesos fuertes,  
Dos millones de pesos fuertes en diferentes monedas extranjeras.

Seis casas de monte-pio en la provincia de *Pecheli*.

Ochenta y cuatro id. de banca y *taipó*.

Noventa y cuatro perlas de enorme tamaño.

Catorce cordones id. de id.

Ocho perlas en forma de lámpara.

Treinta y cuatro anillos hechos con las plumas del pájaro *fritsac*, tan estimado en China.

Diez y ocho piezas de corales.

Veinte y cuatro *cates* (treinta y tres libras castellanas), de *ginseng*, raíz muy costosa y que está destinada á ciertos usos de las personas ancianas.

Cuatrocientas veinte piezas de raso de colores.

Trescientas id. de tegidos ingleses.

Diez y ocho relojes de sobre-mesa.

Diez id. de bolsillo.

Veinte y cuatro vestidos de pieles.

Dos imágenes hechas de piedras preciosas.

Dos id. de leones de id.

Veinte y ocho palanganas de cristal de roca.

Una cama de carey (concha).

Cuatro carruages.

Una multitud de casas de campo.

Y ciento sesenta y ocho odaliscas tártaras y chinas.

En un documento que acaba de publicarse en julio de 1850, y principia diciendo: «El patriótico pueblo de *Kuantung* con corazones unánimes, se dispone á arrojar á los diablos de la ciudad provincial» y concluye asegurando el exterminio completo de los *barbaros europeos*, se hace mérito de un tratado que se supone celebrado ya con los ingleses, cuyo primer artículo, de los diez que contiene, dica de este modo. «Obtener por la fuerza el despacho en virtud del cual *Que-shen* hizo la entrega de Hong-Kong, y exigir que los buques claven sus cañones, y paguen al *hoppo* los derechos de aduana.»

El ruidoso castigo de *Que-shen* y los documentos, que como los anteriores, deja el gobierno circular en China, para animar al pueblo del Norte á que imite la conducta de sus hermanos del Sur, prueban hasta la evidencia, que la tan cacareada ignorancia de los chinos no es mas que miedo y cobardia, y que Hong-Kong, puede estenderse hasta *Pe-kin* si asi le place, sin que los tremebundos dragones del imperio hagan otra cosa que rugir sobre los pedestales de las pagodas.

El carácter dominante de la arquitectura china es una extrema ligereza: desde la cabaña de caña y nipa, cuya puerta es de estera, hasta los palacios que ocupa la gente de distincion, no media á la verdad mas que el lujo respectivo de los adornos; la forma es siempre graciosa, aunque carece de solidez y de mérito. La mayor parte de las casas no tienen mas que un piso: las ventanas son de bastidor, y en vez de cristales tienen conchas transparentes como en Manila. Pero si en materia de arquitectura doméstica no son los chinos lo que debiera esperarse de su habilidad conocida para todas las artes, hay otra cosa en que llevan mucha ventaja á los europeos, y es en la moralidad, en el sacrificio casi divino de un sentimiento filial intimo y reservado, que es patrimonio exclusivo de todos ellos. En la sala



principal de cada casa, ó en el rincón mas preferido de la cabaña, hay siempre un altar, consagrado al culto de los antepasados: una lámpara encendida constantemente alumbra á la familia ó á los amigos fieles, cuando van á quemar perfumes y papeles dorados en honor de los muertos. Largas bandas de papel encarnado, llenas de sentencias escritas en gruesos caracteres negros, están colgadas de la pared al lado de una piedra negra, donde aparecen escritos también con letras de oro, los nombres de los difuntos de la familia. Aquella piedra, aquellos papeles, aquellas barras de perfumes, que todo chino se proporciona, aun en medio de la mayor miseria, tienen una significación dulce, conmovedora y altamente religiosa, que nosotros, en medio de nuestras frivolidades mundanas y de nuestro invencible horror á los difuntos, no acertamos á comprender seguramente. Lo decimos, porque es necesario que así conste; en China, en ese país tan atrasado y de costumbres tan bárbaras, las casas son unos templos piadosos, los santos tutelares son los difuntos, el sacerdote natural es el jefe de la familia y los nofitos afiliados al culto son los hijos, criados y dependientes.

Es costumbre muy general en Europa la de pintar á los chinos con largos bigotes y trages estravagantes: si eso se hace por irrisión y ludibrio hacia un país, que hasta hace pocos años pasaba por fabuloso, puede pasar, y aun así tiene muy poca gracia la broma: si por el contrario, se hace como una prueba de verdad y de rigida exactitud histórica, entonces el asunto cambia de aspecto. En China no se mira la barba como un adorno, solo se la deja crecer en una edad avanzada, y antes de los cuarenta años no lleva nadie bigote. El elegante que se presentase con patillas de guarda-bosque ó bigote retorcido á la borgoñesa, sería señalado con el dedo y silbado á mayor abundamiento.

El uso de afeitarse la cabeza no se remonta mas allá de los príncipes de la dinastía *Ming* (1664). En el día es costumbre generalizada en el continente, y á escepción de los mendigos y de los prisioneros de guerra, todos llevan en China la coleta de rigor. Como el mayor ultraje, suele cortarse en castigo á los ladrones; pero si eso fuera cierto no habria mas que calvos en todo el imperio.

La moda de las uñas largas en hombres y mugeres, es tan estraña como la mutilación de pies de las últimas. A las preguntas que se les hacen sobre el particular contestan diciendo, que es una prueba de distinción, porque el que tiene garras en vez de manos no puede trabajar, y la que marcha sobre los talones meciéndose como un columpio, no es fácil que se entretenga en andar malos pasos. El egoismo que esto último significa es tan original como bárbaro.

El traje de los chinos es limpio y decente: los ricos y los funcionarios del gobierno usan dos túnicas, una que se llama *choung-chan* y les llega á las rodillas, y otra llamada *po* que baja hasta los talones: ademas usan el *makona*, que es una especie de pelerina, abotonada por delante, y el *tai-koua* que es el sobretodo de los mandarines; los zapatos son negros, con suelas de un tegido recio semejante á la alpargata, y las medias blancas y arrugadas. Los chinos de la clase media visten una túnica azul ó blanca, ó bien el pantalón ancho y la camisa por fuera sin cuello y abotonada al costado. Los *coulis* (cargadores) suelen vestir una camisa corta de la misma forma que la de los otros chinos; pero con mas frecuencia se les vé desnudos de medio cuer-

po arriba. En el verano no sale ningún chino de uñas largas de su casa, sin llevar el correspondiente abanico y el *payo* de papel ó quitasol.

Las nueve categorías que se conocen de mandarines, se distinguen por un botón encarnado, blanco, azul ó acobrado, que llevan sobre el birrete: este botón es de origen tártaro, y tiene un sentido alegórico.

El traje de las mugeres se distingue poco del de los hombres; llevan las mismas túnicas, las mismas camisas y los mismos pantalones, con la sola diferencia de la calidad y color de los adornos. Las chinas se peinan agrupando todo el pelo sobre la corona occipital, y lo adornan con flores, perlas, alfileres de oro ó simples palillos de madera, segun la clase á que pertenece la persona.

Aun cuando los chinos pasan por ser los inventores de la brújula, su navegación se halla en extremo atrasada, toda vez que necesitan viento en popa para darse á la vela, y nunca se separan de las costas. La figura de los *champanes* chinos es igual á la que presenta la luna en cuarto creciente; todo el interior de estos buques se halla formado de cajones ó compartimientos independientes, calafateados con una mezcla de cal, aceite y raspaduras de bejuco. Este sistema de construcción, por mas estraño que parezca, ofrece desde luego ventajas incontestables sobre nuestros mejores métodos, y esa es la causa porque los americanos del norte acaban de aplicarlo con éxito á su arquitectura naval. De esa suerte si la nave tropieza en un bajo, no hay peligro como ahora de que se sumerja, pues aplicando en seguida las bombas al cajón, donde se ha descubierto la vía de agua, se extrae con facilidad, quedando en seco lo restante del buque. Las velas de las embarcaciones chinas son de estera, y se aferran en forma de abanico: los cables y las jarcias de bambú macerado con orines, y las anclas de madera de narra ó palo de hierro. Los marineros del imperio son excelentes trabajadores en buen tiempo; pero en llegando los *tifones* (huracanes) del mar de China, con su viento asolador de 120 millas por hora, se acorralan sobre la cubierta de los barcos, y no toman un cabo por la salvación de Confucio ni aun por la suya propia.

Los chinos conocen el periodismo desde tiempo inmemorial, no precisamente como nosotros, sino como un medio de gobierno que sirve para poner en noticia del pueblo los edictos de religion, de policia y de comercio. Está prohibido insertar noticias falsas, en términos que en el año de 1818, sufrió la pena de muerte el redactor de la gaceta oficial por haber dicho que el culto de *Buda* no contaba simpatías en el imperio.

Mr. Julieu habla en sus estudios sobre la China de un inventor de la imprenta que vivió muchos siglos antes que Guttemberg; este personage ingenioso, llamado *Piching*, perteneció á la clase de los *coulis* (trabajadores), y brilló por los años de 1041 á 1048 de los anales chinos. Su procedimiento era enteramente nuevo y original; primero modelaba sus caracteres en una tierra fina y glutinosa, y despues los cocía para darles consistencia; en lo demás obraba con corta diferencia como nuestros modernos cajistas. Muerto *Piching*, sus tipos pasaron á poder de sus herederos, quienes lejos de servirse de ellos, los conservaron como reliquias, y los impresores chinos volvieron al antiguo sistema de las planchas grabadas, no porque el procedimiento de *Piching* fuese imperfecto, sino porque perdía todas sus ven-



tajas aplicado á la lengua china, cuyo defecto capital es como se sabe, la multiplicidad de caracteres diferentes. En el año de 1662, quisieron los misioneros valerse del crédito que gozaban cerca del emperdor *Kan-Hi*, y le decidieron á que mandase fundir en cobre doscientos cincuenta mil tipos diferentes, con lo cual quedó naturalizada en China la invencion de la imprenta.

En lo que sobrepujan tambien los chinos á los europeos, es en materia de artes y oficios; ellos no conocen como nosotros el secreto del claro oscuro en la pintura; pero en cambio ejecutan lo que ningun topógrafo ni dibujante se atrevería á intentar en las escuelas de Europa. Hablamos de sus prodigiosas copias, de las cartas marítimas y geográficas, hechas con tanta precision y exactitud, sin el auxilio del compás ni del calcado, que los marinos europeos las compran para ejecutar luego sobre ellas sus operaciones cosmográficas con una completa seguridad.

Las fábricas de seda y de bordados, las de filigranas, makes y coloridos, alcanzan una perfeccion cuyo secreto no han podido conquistar los ingleses; las obras de porcelana, las de nacar, sándalo, ébano y marfil, no tienen rival en el mundo; en todas ellas domina el gusto nacional, que reina perpétuamente en el imperio, porque los chinos, con su pomposo y desapoderado orgullo de hombres sábios, rechazan á viva fuerza las invenciones estrangeras, aun cuando conozcan la útil y benéfica superioridad que tienen sobre todas las suyas.

La agricultura y la jardinería del imperio chino, tienen tambien ventajas no cuestionables sobre las de los países de Occidente.

Sin embargo de que la estadística es un ramo desconocido en el imperio celestial, se ha dicho con referencia á algunos viajeros, tal vez demasiado crédulos, que la China se hallaba dividida en quince grandes provincias, á las que estaban unidas algunas islas incultas y otros terrenos deshabitados. Debe contar ademas, segun Morviellers, Grivel, Marco Polo, Stanton, Bell, Du-Halde y Renaudot lo siguiente:

Poblacion general por término medio de varios cálculos . . . . .	360,000,000
Rentas del Imperio por id. id. rs. vn. . . . .	6,000,000,000
Ciudades muradas . . . . .	4,134
Ciudades de primer orden . . . . .	265
Id. de segundo orden . . . . .	260
Fortalezas de primera clase . . . . .	630
Id. de segunda . . . . .	570
Id. de tercera . . . . .	350
Id. de cuarta . . . . .	300
Id. de quinta . . . . .	450
Id. de sexta . . . . .	400
Id. de séptima . . . . .	300
Torres ( <i>Tai</i> ) de vigia en el interior . . . . .	3,000
Mausoleos célebres por su estructura . . . . .	690
Pagodas . . . . .	2,000
Templos de idólos . . . . .	480
Bonzos destinados á los anteriores templos . . . . .	360,000
Templos públicos en honor de los difuntos . . . . .	710
Rios, lagos y fuentes minerales . . . . .	4,472

Montañas famosas . . . . .	300
Bibliotecas . . . . .	280
Palacio imperial ( <i>T' su-king-chhing</i> ) . . . . .	1
Otros palacios . . . . .	32
Palacios de <i>kolaos</i> (ministros) . . . . .	42
Palacios de mandarines y magistrados . . . . .	13,147
Puentes de primer orden . . . . .	300
Torres de porcelana . . . . .	4,140
Arcos de triunfo . . . . .	200
Guardia permanente del emperador, mandarines y embajadores . . . . .	767,670
Guardia de caballeria sostenida por el emperador . . . . .	564,700
Champanes de guerra . . . . .	750
Id. mercantes . . . . .	4,500
Lorchas de guerra . . . . .	980
Id. mercantes . . . . .	2,600
Tancales, joncos y faitianes . . . . .	83,200
Botes flotantes sobre los rios con su poblacion correspondiente . . . . .	200,000

El número de canales y el de los ríos artificiales es quizás mayor que el de los Estados Unidos. Entre los primeros merece citarse el canal imperial, que pone en comunicacion á *Sang-Chien* (Canton) con la corte de Pekin, en una distancia de trescientas leguas castellanas. Todo el cauce se halla revestido de piedra sillería, y en ambas orillas de los cajeros hay una inmensa plantacion de arbolado: cuenta ademas muchos puentes, esclusas, acueductos y 462 años de antigüedad.

Los chinos cultivan con éxito dudoso la aritmética; la astronomía, la física, la geografía y la medicina. La aritmética era conocida entre ellos antes de la llegada de los misioneros: la geografía se limita á nociones mas ó menos imperfectas acerca del imperio; pues por lo que toca á los demas países, viven en la mas crasa ignorancia. Su carta general de la China (*Tai-thsing-i-shoungcleki*) ocupa todo el globo, á escepcion de algunos pequeños vacíos que dejan en la parte occidental, para morada de las tribus salvajes. La medicina está llena de preocupaciones de los siglos de la barbarie: no saben curar ciertas dolencias complicadas; pero en cambio poseen mejor que los alópatas y homeópatas de nuestros días el secreto de conocer las enfermedades por la inspeccion solamente del pecho. Este sencillo método prueba en lo general, mucho mejor que el de los diagnósticos en forma de logogrifo, de los sábios de la facultad.

Los chinos pretenden ser los inventores de la música, y dicen que en otro tiempo la elevaron al mas alto grado de perfeccion. Nosotros no hemos oido nada mas horroroso que esta música, falta absolutamente de combinaciones armónicas. La música china no tiene notas, ni tonos, ni semitonos ni figuras para distinguir la diversidad de los tiempos. Cien ó mas voces gargarizan juntas el himno de la aurora á la luz de papeles quemados, con el mismo acento, con la misma cadencia y con los mismos estrepitosos aullidos. El *Ló* nacional es una algarabía de voces unisonas, gañidoras y destempladas, á cuyo espantoso chirrido no hay *couli* ni mandarin que no brinque de gozo. La música instrumental, compuesta de varias piezas sonoras, como el *sin-song*, el *gong* y el *batinh-ting*, no tiene seme-





jante en el mundo, si no se compara á nuestros infernales conciertos llamados concerradas, ó á las rechinantes murgas de bombo, platillos, campanillas, figles y trompetas. A nosotros no nos asombra nada de esto, porque cada país tiene sus costumbres que le son propias, y en materia de música como en todo, hay gustos que no pueden definirse. Lo que si nos dejó estupefactos de admiración fué oír decir á un chino, que pasaba por delicado en la elección de sus goce, «que la música de Europa, ademas de causar hastio era tan bárbara como los mismos europeos.» ¡Dios de Israel si lo hubieran oído Bellini ó Donizetti!.... Bien meditado, no hay para que sorprenderse tampoco de esta heregía musical. El chino tiene su oído tan sensible á los acentos inarmónicos, como nosotros lo tenemos á las suaves melodías; lo demás es orgullo, barbarie, fanfarronada de amor patrio descomunal, desenfrenado y salvaje.

La poesía tiene poca importancia en un país tan aficionado al ópio como es el chino; la poesía necesita calor y entusiasmo, y la educación del imperio pone un esmero especial en extinguir ese fuego sagrado que hace los grandes poetas. Casi todas sus obras consisten en pequeños fragmentos llenos de antítesis, alegorías y reflexiones morales. Sin embargo, muchas veces hacen uso del lenguaje figurado, que tanta fuerza comunica al pensamiento, y sobre todo al estilo. *Litai-pé* es el gran poeta venerado en China á la par de Confucio; pero *Mou-lan* es el poeta de las bellas imágenes, y el que mas se aproxima á la corrección de nuestras formas literarias. Hé aquí su mejor y mas interesante poema.

MOU-LAN.

*Romance tomado de un libro chino titulado Tang-chi (años 502 á 506), y traducido de una version francesa por el autor de este artículo.*

I.

Niña ¿en qué piensas? pobre niña: niña ¿en qué meditas? flor temprana..... La niña no piensa en nada, la niña no medita en nada.

II.

«Ayer me han dado el rescripto que llama á las armas; el emperador muy temible quiere levantar un numeroso ejército; el rescripto tiene doce capitulos, en cada capitulo he visto el nombre de mi padre. ¡Oh padre mio! ¿por qué no teneis hijos varones? ¡Oh Mou-lan! ¿por qué no tienes hermanos?.... Quiero ir al mercado á comprar una silla y un caballo; quiero yo, pobre muger, ir á la guerra por mi padre.»

III.

En el mercado de Oriente compra la niña un caballo veloz, en el de Occidente compra la silla y la lanza, en el del Sur, compra la espuela y la brida, y en el del Norte compra la espada y el látigo.

IV.

Al otro día de madrugada, la niña se despidió de sus padres: el día y la noche los pasó á orillas del río Amarillo.

No oyó la voz paternal que llamaba á su hija; solamente escuchó el murmurio de las aguas del río Amarillo.

V.

Al otro día dijo adiós al río Amarillo: el día y la noche los pasó á orillas del río Negro. No oyó la voz paternal que llamaba á su hija; solamente percibió los relinchos salvajes de la caballería de *Yeu-chan*.

VI.

«He concurrido á diez mil batallas; he salvado con la velocidad del pájaro montañas y desfiladeros; el viento del Norte ha murmurado en mi oído el eco lejano de los *gongs* (1) nocturnos; la luna ha extendido sobre mi traje de hierro su fría y lúgubre claridad. El general ha muerto despues de pelear en cien combates.»

VII.

El guerrero vuelve á su patria cuando han pasado ciento veinte lunas; llegando á Pekin, quiere ver al hijo de la luz. El emperador está sentado en su trono: á unos distribuye cien ó mil *sai-ci* (barras) de plata, á otros los eleva á las mas altas dignidades del imperio. «El emperador me pregunta lo que quiero.»

VIII.

«*Mou-lan* no quiere cargos ni empleos. Prestadle si, uno de vuestros camellos que andan mil millas por día. *Mou-lan* tiene que depositar bajo el techo paterno una hija que ha merecido de *Buda*.»

IX.

Cuando el padre y la madre saben la vuelta de su hija, salen de la ciudad á recibirla gran trecho: cuando las hermanas pequeñas saben el regreso de su hermana mayor, salen de su cuarto (*ka-kuntin*) adornadas con sus mas ricas preseas; cuando el hermano mayor sabe la vuelta de su querida hermana, marcha á afilar un cuchillo para matar un cordero.

X.

«Condúceme mi madre al pabellon de Oriente y allí descanso en una silla colocada al Occidente: despójame en seguida del traje de guerrero, y vuelvo á vestir mis antiguas galas: llegan mis hermanas y se detienen en el dintel de la puerta; arreglan por última vez sus brillantes prendidos, y ayudadas del *bonzo* entrelazan con flores y diges de oro sus hermosos cabellos.»

XI.

*Mou-lan*, sale de su *goun-gting* (cuarto) y quiere ver á

(1) En todas las calles de las ciudades chinas hay torres de vigia que sirven de atalaya á los guardas nocturnos; de cuarto en cuarto de hora dan estos el alerta con largos redobles de tambor, y en caso de incendio avisan con los *gongs*, que son unos instrumentos de cobre ó hierro, que producen un sonido estridente.



sus hermanos de armas; sus hermanos de armas quedan estupefactos, pues por espacio de ciento veinte lunas, la niña ha peleado con ellos, y no se han apercibido de que *Mou-lan* era muger. La miran y se turban: tal vez andando la hubieran reconocido, porque la liebre tropieza al correr; pero á caballo, galopando siempre con los mas atrevidos, ¿quién hubiera sido capaz de distinguir el sexo á que pertenecía *Mou-lan*?...

Cuando los chinos quieren invitar á alguno á comer con ellos, le escriben de antemano tres billetes en papel encarnado ó amarillo: el primero dos días antes del convite, el segundo unas horas antes de la comida, para recordar á los convidados su compromiso, y el tercero en el momento de sentarse á la mesa, para demostrar la impaciencia con que era esperado el huésped. El dueño de la casa recibe á sus convidados en la puerta de la calle: allí les dirige un lacónico y extravagante discurso, pintando su fortuna, su alegría verdadera y la dicha que disfruta en aquel momento. El convidado oye los cumplidos del anfitrión con la política friamente desdenosa, inventada por *Li-ki*. Al cabo de algunos segundos, empleados en salvas de reciprocas cortesías, es introducido el huésped con mucha ceremonia en el salón de etiqueta, de donde pasan todos juntos al comedor. Los criados colocan entonces delante de cada persona una mesa, semejante á las que los ingleses y americanos de las colonias, usan para tomar el *the* ó *chá*, como dicen en la India: despues van trayendo sucesivamente los platos obligados de crestas de gallo, de orejas de rata, de ratones blancos, de carne de perro, de ostras, de nidos de golondrina (1), de oloturias (2) y de aletas de tiburón. Las sustancias calientes se sirven en vasos de porcelana, los manjares frios en platos de make chino ó del Japon; en vez de tenedor y cuchillo, usan un bonito estuche compuesto de diferentes varitas de ébano ó marfil, llamadas *fai-tsz*, que manejan con una destreza admirable. Nosotros hemos visto comer con estas varitas el arroz cocido en *morisqueta*, ó con agua clara que es lo mismo, sin tirar un solo grano; hemos visto extraer tambien las ostras enteras de la concha, mojarlas en una salsa verduzca, y llevarlas despues á la boca con la misma seguridad que emplea un saltimbanquis en mudar sus cubiletes. Cuando el vino de arroz, tan usual en China, empieza á hacer efecto en los celestes convidados, el anfitrión suele retirarse de la mesa, á fin de que todos puedan entregarse á las dulzuras de Baco con entera libertad.

(1) El nido de golondrina pasa por ser el alimento mas sustancioso y de mas fácil digestión: los mejores se encuentran en Manila y en Java, y es necesario buscarlos en las rocas que se elevan en picos sobre el mar. Los nidos mas apreciados son los de las golondrinas de primer vuelo, sin mancha de sangre, siguen los de las golondrinas con pluma hecha y los que solo han tenido huevos. Hay hasta quince clases de nidos. En Manila se vende el superior blanco á 500 ó 600 reales el *cate*, equivalente á 22 onzas de nuestro peso común.

(2) La oloturia, conocida con el nombre de *tripang*, es un gusano gordo, que recojen los indios en la orilla del mar; se conocen trece clases: la primera, llamada *mengta*, vale á cuarenta reales el *cate*; la última, llamada *yak-lam*, cuesta diez reales próximamente. Las oloturias, los estómagos de pescado, las ratas secas como jamones, las aletas de tiburón (alimento que rehusan los salvajes), y el nido de golondrina, son los manjares predilectos, y que tienen por mas afrosidíacos los hijos de Confucio.

Los chinos son unos glotones incorregibles; este defecto nace en ellos de su grosera sensualidad, y del deseo que todos tienen de ponerse muy gordos. Sabido es que una excesiva corpulencia, y unas orejas de larga dimension, forman el tipo mas acabado de la belleza varonil de los chinos: por eso pobres y ricos, grandes y pequeños, devoran cuanto les viene á la mano, y lo dijeren con la misma facilidad que si su estómago fuera una retorta química de propiedades especiales.

Se dice, y no es broma el dicho, porque puede comprobarse con el testimonio de los comerciantes de las factorías, que la población indígena de Cantón necesita para cada almuerzo ó *trasfan*, como dicen los chinos, 40,000 *cavanes* de arroz (1). La población de Cantón, calculada prudencialmente (porque en el imperio celestial no se conoce, como ya se ha dicho, la estadística, y si se conoce no existe para los europeos), no pasa de 600,000 habitantes (2); de manera que multiplicados los 40,000 *cavanes* por 100 arrobas, y divididas estas entre los 600,000 habitantes, corresponde á razon de seis libras de arroz por persona. Calculen ahora nuestros lectores á cuanto ascenderá el consumo diario de este artículo en todo el imperio celestial.

Concluyamos. La ciudad de Hong-Kong tiene ya un porvenir conocido en el comercio asiático, y debe tenerlo mayor si, como esperan los ingleses, se abren luego para todas las naciones las puertas de Cantón. Su bahía, frecuentada por los buques de casi todos los pueblos marítimos, y en relacion con los puertos mas principales del imperio, sirve de abrigo á un gran número de bageles de guerra de la escuadra británica.

En mayo de 1849 habia fondeados en el puerto, el navio *Hastings* de setenta y dos cañones, el bergantin *Arab* de doce, el vapor *Fury* de seis cañones, el *Medea* de id., el *Phlegethon* de cuatro cañones, el *Malta*, buque-correo de ochocientas toneladas y dos cañones, perteneciente á la compañía oriental y peninsular; el navio *Bombay* desarbolado que sirve de hospital para la tropa, la fragata española mercante *Churrucá*, la *Amistad* id. id., y el bergantin *Dos amigos* id. Además habia algunos *champanes* y *lorchas* chinas, y una fragata ballenera desarbolada con bandera americana.

Despues de dirigir la palabra *tchin tchin* (fórmula ordinaria del saludo chino) á todos los *lao-yé* (señores) de la isla de Hong-Kong, fuimos á tratar de las condiciones de nuestro pasaje con el capitán del vapor inglés *Malta*, que se daba á la vela para Ceilan, y el día 26 de mayo de 1849 á los pocos días de nuestra llegada á la colonia china, levamos el ancla para dirigirnos en demanda de *Singapore* en la India Transgángética.

F. SEPULVEDA.

(1) El *cavan* mide 5,998 pulgadas cúbicas, y es igual á 25 *gantas*, ó lo que es lo mismo, á 490 arrobas, porque cada *ganta* pesa un quintal poco mas ó menos.

(2) Algunos viajeros hacen subir la población de Cantón á un millón de habitantes; otros á quinientos mil solamente; y otros, que calculan el número de artesanos en doscientos cincuenta mil, y en otro tanto la población de los barcos que vive sobre el río, quieren que llegue á ochocientos mil. Si se considera por un lado la elevación de las casas, y el corto tiempo que se emplea por otra parte en dar vuelta á la ciudad, no es posible graduar mas de seiscientos mil habitantes como maximum de la población de Cantón.





Fortunata, barrio de Pompeya.

### ANTIGÜEDADES ARTÍSTICAS.

Hubo en algun tiempo una ciudad italiana situada al pie del Vesubio, que era durante el verano la rival de Baía, donde los ricos romanos tenían encantadoras moradas para descansar del fausto de la corte. Si hemos de creer las descripciones que de esta ciudad nos hacen, nada puede igualarse á las bellezas artísticas que encerraba. Pero ¡ay, que todo en este mundo es perecedero! Un día que los habitantes de esta mansion de delicias mas olvidados estaban de la muerte, un inmenso clamor vino á sacarlos de su embriaguez. Una nube de humo surgió de repente del Vesubio bajo la forma de un pino gigantesco, cuyo tronco era negro y sus hojas del encendido rojo de la llama: tembló la tierra en sus cimientos; las casas se entrechocaron y se desplomaron las unas sobre las otras. En seguida la ardiente nube envolvió estos montones de ruinas como un torrente que se lanza desde el cielo á la tierra entre una espesa nube de ceniza encarnada, y arrojando por diferentes partes infinidad de piedras candentes como los peñascos del rayo. Hasta el mar retrocedió espantado, y los habitantes de aquellos contornos se pusieron en fuga precipitada, empujándose, clamando y chocándose como las olas de una catarata. ¡Horrible concierto de llanto, gemidos é imprecaciones! El hermano perdía á su hermana, el marido á su esposa, la madre á su hijo....

Los únicos guías de este pueblo extraviado fueron algunos pobres ciegos, acostumbrados á encontrar sin luz las vueltas de la ciudad y del campo. Para colmo de males una fuerte oleada de agua y fango vino á juntarse con la lluvia de ceniza y piedra.

TOMO IX.

El número de victimas fué incalculable: la destrucción duró muchos días, y muy pronto la ciudad entera desapareció bajo una montaña volcánica.

Esto sucedía en 25 de agosto de 79, y esta ciudad se llamaba Pompeya.

Este es el único recuerdo que de ella quedó en el mundo despues de 1676 años, cuando á mediados del siglo último, los sábios empezaron á recabar esta enorme ruina. ¡Oh sorpresa increíble! Encontróse á la ciudad en el volcan, las casas entre la ceniza, los esqueletos en las moradas, y los muebles y los cuadros al lado de los esqueletos.

Estas escavaciones duraron mucho tiempo, y uno de los mas preciosos descubrimientos es el barrio llamado de Fortunata, del cual presentamos un grabado.

El templo de Isis hallado tambien casi intacto, es uno de los monumentos mas acabados y mas curiosos que nos ha legado la antigüedad.

Santuario, pórtico, columnata, pedestal de la diosa, restos de la estatua, nicho donde los sacerdotes ocultos hablaban en nombre de la divinidad, recintos donde la antorcha alumbró sus tesoros, imágenes de los demas dioses asociados á su culto, altares donde se depositaban las ofrendas, donde corría la sangre de las victimas, pozos sagrados, destinados á las purificaciones, estanques donde se reunían las aguas lustrales, establos para los animales destinados á los sacrificios, gran sala de los misterios, adornada aun con pinturas simbólicas; todo ha vuelto á ver la luz despues de diez y seis siglos de sepultura, hasta el desgraciado adepto que se ha encontrado con el hierro del cual queria servirse para abrir su tumba.



## Á RIOJA.

(INEDITA.)

Rioja vive en ellas,  
Rioja en esas flores  
Que brillan á mis ojos aun mas bellas  
Por que son de Rioja los amores.

Esos albos jazmines,  
De su pecho llagado  
Por enemigos fieros y ruines,  
Fueron el lenitivo regalado.

Esos claveles rojos,  
Esas rosas lozanas,  
Honor tuvieron de alegrar sus ojos  
Y de ceñir sus sienes soberanas.

El bardo agradecido  
Alzó á sus compañeras  
Un canto que en los siglos repetido  
Vino á llenar tambien estas riberas.

Y asi cual las historias  
Y los célebres nombres  
De abuelos que obtuvieron altas glorias  
Refieren á los nietos, otros hombres.

Asi á las de mi huerto  
Repito las canciones  
Que otro pueblo de flores que ya es muerto  
Logró inspirar en béticas regiones.

Y es mucha maravilla  
El mirar como ellas  
Dolidas oyen por mi voz sencilla  
De su sentido vate las querellas.

Paréceme que gimen,  
Paréceme que llanto  
Brotó de entre sus hojas que se oprimen  
De sentimiento al escuchar el canto.

¡Oh Rioja, oh poeta  
Y cuan poco su alma  
Tiene del mundo á la ambicion sujeta  
Quien en vergel humilde halla la calma!

Un libro y un amigo  
En tu modesta vida  
¡Oh sabio angelical! bastan contigo  
Para lograr la dicha apetecida.

No te cuidas de honores,  
Desdeñas la riqueza  
Y ensalzas la belleza de las flores  
Al par que otros del oro la grandeza.

Fenómeno del mundo  
Que no comprende ahora  
El siglo en ambiciones tan fecundo,  
La edad en avaricias tan creadora.

¿Quién hoy ya se contenta  
Con la sencilla vida?  
¿Quién no va tras de vida turbulenta?  
¿A quién la paz del alma es hoy querida?

Los niños envejecen  
De ambicion prematura,  
Los bosques de laureles no abastecen  
El ánsia de laurel de una criatura.

El atrevido mozo  
Por el mando se afana  
Cuando el albor de su naciente bozo  
Anuncia apenas su primer mañana.

Y ¡dichosos si fuera  
Orgullo solamente!  
Dichosos si esta raza no sintiera  
De la codicia el aguijon hiriente!...

Mas no, dulce Rioja,  
Turbe nuestro reposo  
Esa amarga verdad que al alma enoja  
Y el corazon rechaza generoso.

Pensemos que esa tierra  
La habitan serafines,  
Pero huyendo su gloria que me aterra  
Tornemos á tu reino de jazmines.

Yo en las flores te veo,  
Tu cuerpo ha fenecido:  
Mas las alas del tiempo á mi deseo  
De tu espiritu un átomo han traído.

Y fecunda mi alma  
Asi tu pensamiento  
Cual de su amiga á la distante palma  
Fecunda el germen que trasmite el viento.

Por eso amo á las flores  
Porque vives en ellas  
Porque fueron, Rioja, tus amores  
Son esas flores á mis ojos bellas.

Si su color admiro,  
Si percibo su esencia  
Escucho un melancólico suspiro  
Oigo de un arpa dulce la cadencia.

Y llevo reverente  
A mis labios su hoja  
Diciendo al huerto en mi entusiasmo ardiente  
«¡Béselas yo pues las cantó Rioja!»

CAROLINA CORONADO.



## LOS MONUMENTOS DE PARÍS.

## ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA. (1)

## I.

## ORIGEN DE LOS ARCOS DE TRIUNFO.

Los arcos de triunfo datan del tiempo de los romanos, ó por lo menos los griegos no nos los han dejado. Su origen le indica su nombre. Cuando un triunfador volvía á Roma, levantaban en la carrera que habia de llevar, unos arcos de madera, cargados de trofeos, y adornados con flores y colgaduras: en la parte superior habia un coro de instrumentos, rodeados de los despojos de los enemigos y decorados con cuadros que representaban las batallas. Los vencedores pasaban por en medio de aquella pompa, y aquella frágil construcción caía á impulsos de los golpes del martillo ó de las injurias del tiempo.

Poco á poco fueron sucediendo los arcos de piedra á los de madera, y recibieron naturalmente los mismos adornos. Eleváronse en los caminos principales, á la entrada de las plazas y á la cabeza de los puentes.

Los arcos de triunfo de Italia mas célebres son: en Roma, los de Septimio Severo, Constantino y Tito: en Benevento y Ancona, los de Trajano: y en Suza, Aosta y Rimini, los de César Augusto.

El arco de Ancona y el de Benevento no están consagrados al recuerdo de batallas, sino al de los trabajos de Seyano, lo cual les hace mucho mas gloriosos.

## II.

## FUNDACION DEL ARCO DE LA ESTRELLA.

El arco de triunfo de la Estrella, en París, es el mas colosal que hay en el mundo.

Las vicisitudes de su construcción, son bastante singulares. Debió elevarse al principio en la barrera de Italia, y luego en la plaza de la Bastilla. Napoleon fué el que por último escogió la barrera de la Estrella, como principal entrada de la capital.

Este monumento estaba dedicado á la gloria de los ejércitos franceses. Mrs. Raymond y Chalgrin formaron el plano, pero no pudieron ponerse de acuerdo en cuanto á la decoración. El primero quería columnas con estatuas en la parte superior: el segundo prefería las superficies planas y los bajos relieves. La lucha duró largo tiempo: Mr. Raymond no cedió hasta 1806, y prevaleció el sistema de Mr. Chalgrin.

¡Y cosa estraña!... para la colocación de la primera piedra no se celebró ninguna ceremonia. Los obreros solos fijaron la fecha con la siguiente inscripción, grabada sobre una piedra exágona.

*El año mil ochocientos seis, quince de agosto, día del aniversario del nacimiento de S. M. Napoleon el grande, se puso esta primera piedra en la construcción de este mo-*

(1) En el número 68 del periódico LA SEMANA, dimos un grabado que representa este monumento, el mas colosal de su especie que se conoce, con algunas noticias sobre su construcción. Hoy completamos en el Museo aquel trabajo ampliando las referidas noticias en términos que no sea necesaria la lectura de un artículo para comprender el otro, y presentando el grabado de dos de los principales bajos relieves, para que nuestros lectores formen una idea de la grandiosidad de esta obra.

numento, siendo ministro de lo Interior Mr. de Champagny.

El conjunto de los cimientos del arco, forma una masa de veinte y ocho pies de profundidad debajo de tierra, ciento noventa y tres de largo, y noventa y ocho de ancho.

Los machones son de piedra de Chateau-Laudon, que es la mas dura de Francia y que sin embargo, adquiere el pulimento del mármol.

## III.

## VICISITUDES DEL MONUMENTO.

En 1810 no llegaban mas que á la cornisa del pedestal, cuando Napoleon hizo su entrada en París con Maria Luisa. Mr. Chalgrin, para aquella ceremonia, figuró todo el arco con bastidores y lienzo. El emperador pasó por debajo de la imagen de aquel monumento que no debia ver concluido.

Al año siguiente murió Mr. Chalgrin, y le reemplazó Mr. Goust. La caída del imperio en 1814, interrumpió los trabajos, que quedaron suspendidos hasta 1823. Luis XVIII mandó entonces concluir el arco, y quiso dedicarle al ejército de España, y al duque de Angulema. Su arquitecto, Mr. Huyot, siguió el plan primitivo, mejorándole mucho. Para cada una de sus caras propuso cuatro columnas; pero aquella adición, que hubiera sido de las mas grandiosas, fué desechada como demasiado dispendiosa. Mr. Huyot defendió su proyecto, fué destituido por Mr. Corbiere, y el monumento pasó á manos de Mrs. Gisors, Fontaine, Labane y Debret. Mr. de Martinac no tardó mucho en reintegrar á Mr. Huyot; pero sin aceptar las cuatro columnas.

Llegó la revolución de julio, y varió el destino del monumento. Fué dedicado, no solo á las victorias del imperio, sino á las de la república. La idea era excelente, y Mr. Huyot prosiguió la ejecución hasta 1833. Destituido otra vez en aquella época, vió concluir su obra á Mr. Blonet. Siguió, sin embargo su segundo proyecto en el último cuerpo, suprimiendo únicamente las figuras de las principales ciudades de Francia, que habia propuesto para que coronasen la obra. Aquellas figuras aisladas en el aire, hubieran sido á un tiempo mismo imponentes y ligeras.

Examináronse, y fueron desechados otros muchos proyectos para el remate del monumento. El de Mr. Barye era de una sorprendente originalidad, y de una audacia eminentemente nacional. Quería cubrir la cima del arco con una águila gigantesca con las alas extendidas, apretando entre sus garras victoriosas á las águilas de Rusia y Austria, el leopardo de Inglaterra, el león de Castilla, etc.... Aquello era caracterizar maravillosamente los triunfos del imperio.... ¿Pero qué se habrían hecho la cordial inteligencia y el equilibrio europeo? La idea no fué aceptada por la monarquía de 1830. ¿La adoptará la república en 1848?

Las esculturas del arco de la Estrella bastan para inmortalizar las victorias de la Francia sobre la Europa.

## IV.

## GRUPOS Y BAJOS RELIEVES.

El gran friso representa la marcha y el regreso de los ejércitos franceses. Es de Mrs. Brun, Jacquot, Laitie, Rude, Caillonete y Seurre mayor. ¿Quién creará, mirándolas desde abajo, que aque/las figuras tienen seis pies de alto?

Los timpanos del arco pequeño, por el lado de Passy,





LA RESISTENCIA.—Bajo relieve del arco de la Estrella, colocado en la parte occidental.





EL TRIUNFO.—Bajo relieve del arco de la Estrella, colocado en el lado oriental.



son de Mr. Valois. El gran bajo relieve, la batalla de *Jemmapes*, es de Mr. Marochetti.

La fachada occidental por la parte de Neuilly, contiene el admirable grupo de la *Resistencia á la invasion* (1814) por Mr. Etex. El hermoso grabado que de él ofrecemos á nuestros lectores, nos dispensa de su descripción. El otro grupo del mismo artista nos representa la *Paz* (1815), y por su noble calma contrasta con la energía marcial del primero.

Las *Famas* de aquella misma cara son de Mr. Pradier.

Los dos bajos relieves, la *Toma de Alejandria* y el *Paso del Puente de Arcola*, son de Mrs. Chaponniere y Fenchere.

Mr. Bra ha ejecutado las figuras alegóricas de los timpanos de la parte de Roule. Mr. Gechter ha esculpido en ellos la *Batalla de Austerlitz*.

La cara oriental, por el lado de Paris, representa la *Marcha de los voluntarios* (1793), por Mr. Rude; obra maestra de arrebató y entusiasmo, y el *Triunfo de Napoleon* (1810), por Mr. Cortot. También acompañamos el grabado de este grupo solemne y magistral.

Las *Famas* de esta cara son también de Mr. Pradier. Los dos grandes bajos relieves, la *Batalla de Abukir* y los *Fuenerales de Marceau*, son de Mrs. Seurre mayor y Lemaire.

Mrs. Debay, padre, Espercieux, Bosio, sobrino, y Valcker, han hecho los bajos relieves alegóricos que hay por debajo de las bóvedas de los dos arcos pequeños.

## V.

### INSCRIPCIONES.

En cuanto á los nombres de las ciudades tomadas, de las victorias conseguidas, de los generales muertos, que hay grabados en las cuatro caras ó fachadas, y en las cuatro bóvedas del monumento, sería necesario un día para contarlos, y un tomo para reproducirlos.

Habíase olvidado entre ellos el nombre del general Hugo, padre del gran poeta, quien se le recordó al gobierno con estas sencillas palabras, impresas por cabeza de una de sus obras maestras:

A MI PADRE EL GENERAL HUGO  
NO INSCRIPTO EN EL ARCO DE TRIUNFO DE LA ESTRELLA.

El gobierno aprovechó la lección; pero aun cuando así no lo hiciera el general Hugo hubiera quedado indemnizado para siempre. Las obras de su hijo vivirán tanto y mas que el arco de la Estrella. ¿Qué sería de la memoria de los héroes de Atenas y de Esparta, si Pindaro, Jenofonte, Homero y Plutarco, no la hubiesen asegurado con mas firmeza que los edificios, cuya ruinas se buscan hoy en vano?....

El arco de triunfo comenzado en 1805, no ha sido inaugurado hasta 1836, y ha costado cerca de 9,500.000 francos.

Su arco principal tiene 45 pies de ancho. El arco de Augusto en Rimini, el mas ancho que se conoce, no tiene mas que 27 pies.

## PRIMER DESCUBRIMIENTO

### DE LAS ISLAS CANARIAS,

Y NOTICIA DE LAS VARIAS ESPEDICIONES QUE HASTA LA EPOCA DE SU CONQUISTA SE HICIERON A AQUEL ARCHIPIELAGO.

Las islas Canarias ó Afortunadas se mencionan ya en los historiadores de los mas remotos siglos, designándolas

con diversos nombres los geógrafos y poetas antiguos, que sentaron sobre ellas opiniones las mas raras y supersticiosas. Las columnas de Hércules, creidas límites del mundo, no permitian el paso mas allá del estrecho, pues las negras y fétidas ondas que, segun los romanos y los bárbaros, tenían que surcar los bageles que entraban en el mar desconocido y tenebroso, ofrecían grandes peligros. Sin embargo, atrevidos navegantes, siguiendo las oscuras tradiciones, procuraron encontrar las famosas y remotas islas, visitadas ya acaso por los fenicios, y despues por las naves de Tiro y de Cartago. Asi es, que en la época de Augusto, Juba, príncipe africano, envió á explorar aquel archipiélago, cuyas islas, segun Plinio (lib. VI, cap. XXXII) tenían nombres apropiados á su clima y productos naturales; como *isla de las Cabras*, *isla de las Nieves*, y entre otras la llamada *Canariam*, por la abundancia de los canes ó perros que en ella se encontraron. Esta estuvo habitada en tiempos mas lejanos, como lo indicó á los navegantes enviados por el citado príncipe, el encuentro de aquellos animales, compañeros inseparables del hombre, y mas que todo, el de ruinas de edificios: *apparentque ibi vestigia ædificiorum*, dice el mismo Plinio, sin hacer mencion alguna de habitantes. Planteóse en ella una colonia comerciante en púrpura, apreciándose como merecía el delicioso clima de aquellas islas.

Calla la historia, sobre el descubrimiento de las islas Canarias durante mucho tiempo, hasta que en el siglo XII, nos hablan de ellas los historiadores árabes, con motivo de una espedicion marítima asaz peregrina. La *Geografia del Nubiense* (*Abu-abd-Allah-Mohamed, El-Edrisi*) da la siguiente relacion como acaecida á principios del siglo XII.

«Reuniéronse, dice, en Lisboa ocho navegantes magrhevinos, todos próximos parientes, arreglaron una nave, embarcando agua y viveres suficientes para una navegacion de algunos meses; y diéronse á la vela, apenas sopló el viento de Este. Habiendo navegado unos once dias, llegaron á un mar cuyas densas ondas, claras rara vez, exhalaban un olor fétido, y ocultaban muchos arrecifes. El temor de perecer, les hizo cambiar de direccion, vogando siempre hácia el Sur por espacio de doce dias, y arribaron á la isla de las Cabras, así llamada por la multitud de ellas que sin pastor, ni persona alguna que las guardara, apacentaban libre y pacíficamente. Desembarcaron en esta isla encontrando un manantial de cristalinas aguas, y muchas higuerras salvages. Pudieron coger y matar algunas cabras, mas la carne no les pudo servir de alimento por su amargor: guardaron no obstante las pieles. Navegaron todavía doce dias mas, y apercibieron una isla que parecia habitada y cultivada; acercáronse instigados por la curiosidad, pero bien pronto fueron rodeados de muchos barquichuelos, hechos prisioneros y conducidos á una poblacion situada en la orilla misma del mar. Entraron en una casa, habitada por hombres de alta estatura, de color, *entre blanco y rojo moreno*, sus cabellos largos, esto es, no encrespados, y las mugeres de gran belleza. Al cabo de cuatro dias llegóse á ellos un hombre, que en lengua árabe les preguntó su procedencia, quiénes eran y por qué motivo habian llegado á la isla. A todo respondieron los navegantes contando su aventura, y recibieron buenas esperanzas de aquel hombre que dijo era un intérprete. Dos dias despues fueron



conducidos á presencia del rey del país que haciendo iguales preguntas que el intérprete, le respondieron lo mismo, y que solo se habían internado en el mar grande para satisfacer su curiosidad en saber que tenían de particular sus límites ó confines. Echóse entonces á reír el rey y dijo al intérprete: explica á esas gentes lo que sucedió á mi padre, que habiendo mandado á algunos de sus esclavos que se embarcaran é introdujesen mar adentro, viéronse obligados á renunciar tan vana empresa, por haberles faltado completamente la claridad de los cielos. Mandó despues el rey que el intérprete asegurase á los magrhevinos de sus buenas intenciones, á fin de que no formaran de él mala opinion. Una vez vueltos á su prision, aguardaron á que soprase viento Oeste, les vendaron los ojos, y haciéndoles entrar en una barca, obligáronles á vogar durante algun tiempo. Navegaron unos tres dias con sus noches, y les desembarcaron en una tierra sobre cuyas orillas quedaron abandonados, atadas sus manos á las espaldas, permaneciendo en este miserable estado hasta la salida del sol, incomodados por las ataduras sobremanera. En fin, habiendo oido voces y carcajadas humanas, pusieron á gritar, y entonces algunos habitantes de la comarca se llegaron á ellos, y encontrándoles en tan triste situacion, les desataron, preguntándoles todos los pormenores de tal aventura. Eran bereberes, y uno de ellos les dijo ¿sabeis cuanto distais de vuestro país? y contestando negativamente los magrhevinos continuó, pues sabed que entre el punto donde os encontrais y vuestra patria hay dos meses de camino, etc.»

Este viage de los árabes magrhevinos, debió de hacerse antes del año 447, época de la espulsion de los sarracenos de Lisboa; y las islas á que abordaron, segun varios geógrafos y naturalistas modernos, no pueden menos de convenir con el archipiélago, y ser probablemente Lanzarote ó Fuerteventura, donde encontraron los habitantes de un color moreno, pero de raza blanca, á juzgar por sus cabellos largos y por la hermosura de las mugeres. ¿Y á qué se atribuirán las fétidas exhalaciones de las ondas, sino á los volcanes submarinos, que existen junto á la isla de los Azores, y de que ha habido pruebas en varias épocas? (1).

En los siglos siguientes, mencionáanse alguna que otra vez en historiadores europeos, expediciones hacia aquellos lugares; pero sea que se estraviasen las naves, ó las relaciones de los navegantes, lo cierto es que no existen datos ni curiosos ni fidedignos. No obstante, en el año de 1341, aparece un precioso documento que da razon del viage á las islas Canarias, hecho por mandato del rey de Portugal don Alfonso IV. Por este documento tenemos noticia de que el día 4.º de julio de dicho año, salieron de Lisboa dos naves armadas por aquel monarca, y una embarcacion montada por gente de diversas naciones. Florentinos, genoveses, catalanes, castellanos y portugueses, llevaron consigo caballos, armas de todas clases, y hasta máquinas de guerra, para batir las ciudades ó fortalezas que creian encontrar en las

islas nuevamente descubiertas. Llegados á ellas, no se atrevieron á desembarcar, por haberse acercado á la orilla muchedumbre de hombres y mugeres, desnudos casi del todo, y guiados al parecer por algunos gefes que vestían con pieles de carnero pintadas de amarillo y rojo. Por signos demostraban el deseo que tenían de comerciar ó hacer cambios con los expedicionarios; pero estos, solo desembarcaron cuando llegaron á una costa, cuyo suelo estaba muy cultivado, lleno de palmeras y árboles altísimos, con muchas chozas y habitaciones fabricadas de piedra y de madera. Ignoraban los naturales el uso de las monedas, pues se admiraron mucho al ver las de plata y oro que les enseñaron los extranjeros: bailaban como los campesinos franceses, y sus cantos eran bastante dulces y melodiosos. Se dividían en grandes tribus, y eran muchos y muy diversos entre si los idiomas que en cada una de ellas se hablaban. Mientras los expedicionarios permanecieron en el archipiélago canario, llovía casi siempre, pero quedaron contentos de la fertilidad del terreno: no todas las islas estaban habitadas, y sus naturales no tenían otro recurso que pasar á nado, para comunicarse de unas á otras, pues carecían en aquel entonces de embarcaciones. Los europeos entraron por fuerza en varias habitaciones de los isleños, rompiendo las puertas, y encontraron en ellas muchos cestos de higos secos de un sabor escelente. Los fugitivos no pudieron entonces contener sus exclamaciones y alaridos, mucho mas cuando vieron que se llevaban un gran ídolo de piedra en figura de hombre con una bola en la mano, que adoraban en un templo de forma particular, sin pinturas ni adornos de ninguna clase. Finalmente regresó la expedición á Lisboa, en noviembre del mismo año 1344, presentando al rey de Portugal cuatro isleños que obligaron á quedar á bordo, y gran cantidad de pieles de carneros, pellejos de focas, cortezas y troncos de árboles de color rojo, y muestras del trigo y demás productos de aquellos países.

Conocida entre los navegantes de aquel tiempo, la relacion que de las antiguas islas Afortunadas hicieron los expedicionarios portugueses; dirigieron su rumbo hacia ellas varias naves de otros países, ansiosas de conocerlas y de comerciar con sus habitantes: pero no adelantaron mas que aquellos en sus exploraciones. Pocos años despues, señalóse ya el archipiélago conociendo seis ó siete islas, en las cartas hidrográficas de los navegantes, y uno de los marinos de nuestra península que lo hicieron primero fué Jaime Ferrer, célebre y atrevido navegante catalán, que en 1346 consignó las siguientes noticias sobre las mismas islas Canarias.

«Encuéntanse las islas Afortunadas en el mar Grande, á mano izquierda, junto á los límites del Occidente. Dice Isidoro en su libro XV, que se llaman Afortunadas porque de todo están provistas, como de trigos, frutos, yerbas y árboles: y los paganos creen que es el Paraíso, á causa de la templanza del clima y abundancia del país. También dice Isidoro que los árboles crecen hasta la altura de ciento y cincuenta pies, con muchos frutos y multitud de aves. Encuéntrese igualmente miel y leche, sobre todo en la isla de Capria, así llamada por la multitud de cabras que la pueblan. Hay además la isla Canaria, que debe su nombre al estar poblada de perros, muy grandes y fuertes.

«Dice Plinio, *gran maestro de mapa-mundi*, que entre las islas Afortunadas, hay una que produce todos los bienes

(1) La historia nos presenta varias pruebas de la existencia de estos volcanes submarinos. Una de las erupciones mas terribles fué la de 1444, apenas acababa de descubrirse la isla de San Miguel: quedó destruido el pico de Oeste que servía de guia á los navegantes de aquel tiempo, y llenas las playas de piedras volcánicas. Repitieronse las erupciones varias veces en los siglos siguientes, y este fué el motivo de señalar en los mapas antiguos españoles y franceses una isla con el nombre de isla de Satanás y de los demonios. (Véase *Saggio sulla Nautica antica de veneziani* etc.)



del mundo, de manera que da espontáneamente los frutos, sin sembrarlos ni plantarlos. Nunca faltan hojas á los árboles, ni frutos, que dan un olor muy grato: este es el alimento durante una parte del año, pues el trigo se siega para que sirva en vez de yerba. Por esta razon, creen los paganos de la India, que una vez muertos, van sus almas á aquellas islas viviendo eternamente con el olor de aquellos frutos, y están persuadidos que alli está su Paraíso: mas hablando en verdad es una fábula. (1)»

Si hasta aquí solo el deseo de conocer nuevos países, llevaba á aquel archipiélago naves del continente, la ambición de los reyes empezó á desear su posesion, y un suceso inesperado adelantó la hora de turbar el reposo de sitios tan deliciosos. El papa Clemente VI, creyéndose árbitro para poder disponer de unos países desconocidos, dió dos breves concediendo las islas Afortunadas al infante de Castilla don Luis de la Cerda. Clamaron contra esta medida el rey de Portugal, porque portugueses eran los que nuevamente las descubrieron; y el monarca de Castilla don Alfonso, porque (según él) en otros tiempos fué sufragánea de Sevilla la diócesis de Marruecos, y á esta debía pertenecer el descubrimiento. Siguiendo á Zurita (Anal., lib. 20, cap. 39) desentendiéndose de todo el infante, y arribó al archipiélago en 1360, con dos galeras armadas, cedidas por don Pedro de Aragon. Hay quien asegura (Galin., Mss., lib. S., cap. 7.) que las tripulaciones mallorquinas y aragonesas desembarcaron en la Gran Canaria, pero que hechas prisioneras por los naturales del país, ganaron su amistad cultivando los campos, y enseñándoles á edificar casas, con otras artes; si bien al cabo de algunos años fueron asesinados, y cinco frailes franciscanos, que habian construido dos ermitas, cuyas ruinas se ven todavía, fueron precipitados en el abismo de Guimar.

Dejó por algunos años de pensarse en hacer expediciones á las islas Canarias, pues nada se menciona en las historias y crónicas de aquel tiempo, hasta el año de 1377, en que la nave del capitán vizcaino Martín Ruiz de Avendaño fué arrojada á las playas de la isla de Lanzarote por una furiosa tormenta, que le apartó de Portugal, junto á cuyas costas cruzaba con varias galeras del rey de Castilla.

No pasaron muchos años, cuando en 5 de junio de 1382, el capitán Francisco Lopez se vió obligado á refugiarse con su navío en el archipiélago canario, por una furiosa tempestad, y si bien adquirió, junto con doce compañeros suyos, el afecto de los naturales, fueron sacrificados al cabo de algun tiempo, despues de haberles imbuido en los principios de la religion cristiana. Cuatro años despues, en 1386, recibieron bien diverso trato los compañeros de don Fernando de Castro, según unos autores, y de Ormel, según otros, pues obligados tambien por el viento, desembarcaron en la isla Gomera, vinieron á las manos con los canarios, mataron al hermano de su rey, y viéronse obligados á rendirse á discrecion, despues de hacerse fuertes entre gruesos peñascos. Mas el rey Amalabig, trató á los prisioneros con grande clemencia, recibiendo regalos de los españoles, á quienes permitió regresar á su patria despues de algunos meses. Quedó únicamente en la isla un eclesiástico, bautizando á algunos de aquellos terribles isleños, y quizá el

martirio fué el premio de su santa y arriesgada faena.

Finalmente, las islas Canarias, descubiertas y perdidas sucesivamente hasta fines del siglo XIV, buscadas y encontradas unas veces de intento y otras de casualidad, por navegantes ya fenicios, cartagineses ó romanos, ya árabes, ya españoles ó portugueses, nunca fueron conservadas en poder de estos aventureros, cuya audacia aumentaba de dia en dia considerablemente. En 1399 unos cuantos marinos vizcainos y andaluces, asociáronse en Sevilla, armaron cinco carabelas á las órdenes de Gonzalo Peraza Martel, y diéronse á la vela. Regresaron poco despues, habiendo reconocido el archipiélago, desembarcado en Lanzarote, y llenado sus naves de los mejores productos de la isla: este fué el primer paso dado hácia la conquista. Que olvidadas ya de nuevo estas islas en 1403, mandó conquistarlas don Juan II de Castilla no falta historiador que lo afirme; pero no hay duda alguna que se apoderó de ellas por primera vez, en el año de 1402, el célebre caballero normando Juan de Bethencour, su primer conquistador. Así se deduce de la muy fidedigna y curiosa obra titulada: *Historia del primer descubrimiento y conquista de las Canarias, hecha en el año de 1402, por don Juan de Bethencour, chambellan del rey Carlos VI; escrita en aquel mismo tiempo por Fr. Pedro Boutier, religioso franciscano, y Juan Le Verrier eclesiástico, criados de dicho señor de Bethencour: impresa en 8.º en Paris, año de 1630.* En ella se da razon sucinta de todos los sucesos acaecidos en esta primera invasion, y conquista, se habla de los combates con los naturales, de las tomas de las islas Lanzarote y Fuerteventura, de las escursiones de los normandos, de los viajes á Europa, y del sistema de gobierno y administracion establecido por el conquistador.

El infante don Enrique de Portugal, adquirió despues de la familia Bethencour todos los derechos que esta tenia á las islas conquistadas del archipiélago canario, y envió (1424) para resguardarlas, una escuadra á las órdenes de don Fernando de Castro, con 2.500 infantes y 150 caballos; pero fué rechazada por los indígenas, cabiendo igual suerte á una segunda expedicion enviada por el mismo don Enrique, y aun á otra tercera en 1466.

No es de nuestro intento referir ahora ni las pretensiones que las córtes de Europa tuvieron á la posesion de las islas Canarias, ni la tenaz y heróica resistencia que sus naturales opusieron á las armas extranjeras, durante casi todo el siglo XV.

Empezó la conquista en el año de 1402: quedaron todas las islas del archipiélago definitivamente en poder de la España en el de 1496. Tenerife fué la última en subyugarse, pero estando del todo pacificada, el dia 29 de setiembre del citado año de 96, el caudillo español Alonso de Lugo, mandó celebrar con gran solemnidad una misa y cantar un *Te-Deum* en accion de gracias, despues del cual, tremolando en sus manos el pendon castellano, proclamó la soberanía de España en las islas conquistadas, repitiendo tres veces entre el ruido de los instrumentos marciales, aclamaciones de los soldados, y estampido de las bombardas, la frase de costumbre *Tenerife por los católicos reyes de Castilla y de Leon!*

FLORENCIO JANER.

(1) MM. Buchon et Tastu. *Notice de un Atl. en langae catal. etc.*